

La Esfera

14 Julio 1917

Año IV.—Núm. 185

ILUSTRACION MUNDIAL



TIPO HUERTANO, cuadro del artista valenciano Joaquín Agrasot

BRINDIS

HABRÁ dos ó tres años que el Ateneo de Madrid organizó una serie de conferencias literarias sobre las ciudades españolas. Inauguró el cursillo nada menos que D. Benito Pérez Galdós, el cual imaginó la farsa de que la Cibele echaba á andar su carroza por los barrios más pintorescos de la villa y corte. Ya comprendéis cómo el tema se presta á la tan sabrosa zumba galdosiana. Después del patriarca, dijo Ortega y Gasset sus meditaciones de El Escorial, y Valle Inclán increpó á los profanadores de Santiago, y Martínez Sierra viajó con su alma siempre novia por el bosque de la Alhambra, y Azorín nos llevó á los casinejos manchegos, donde una codorniz enjaulada forma en la tertulia de labradores y abogados, y Rusiñol nos reveló los secretos del crepúsculo y de los jardines. Un título común enlazaba los diversos discursos y justificaban la divisa, desde el plan de la excursión ilusoria, hasta la agudeza y el lirismo de los exploradores, mitad por mitad intelectuales y sentimentales. *Guía espiritual*; así se denominó la que compusieron los altos ingenios mencionados y algunos otros. A falta de buenos, hubo yo de cargar con la excesiva misión de describir Valencia. Permittedme que refiera mi único, pero indudable acierto. El cambio de título. Al llegar á la región levantina no sirve lo de *Guía espiritual*. Más propiedad y justeza encontramos si se dice *Guía sensual*. Y recuerdo haber empleado un símil que, á mi juicio, expresa gráficamente la alteración que experimentamos al llegar á los naranjales y las playas doradas del Mediodía. Penetrar en la tierra aquélla equivale á sumergirse en la tibieza y la fragancia de un baño de placer. Evocad la familiar sensación de disolveros en el agua acariciante cuando os sentís fundidos con un vago bienestar, inmaterial, inefable. Del mismo modo el peregrino que viene de la sequedad, del silencio, la melancolía, el misticismo, la esterilidad, la adustez y el color pardo de la llanura, apenas puso el pie en Valencia se halla envuelto y captado por la enorme sinfonía que componen los bronces de cien campanarios, sirenas de buques, las serenatas napolitanas, el habla italiana del pueblo, un continuo desgarrar del cielo por las densas bandas de palomas y el estruendo de la traca. Y luego, la sinfonía de las tonalidades en que, bajo el añil de arriba, esta-



"Novia valenciana", cuadro de Anglada

llan las violencias de las frondas lujuriosas, del vestuario oriental, de la cerámica de reflejos, de los caseríos verdes y azules, del mar diáfano en que la luz solar finge oro en suspensión. Y todavía el poema sinfónico de los perfumes, con el azahar, las rosas, los claveles, el jazmín, fresas, higos que huelen á miel; la hornija que en

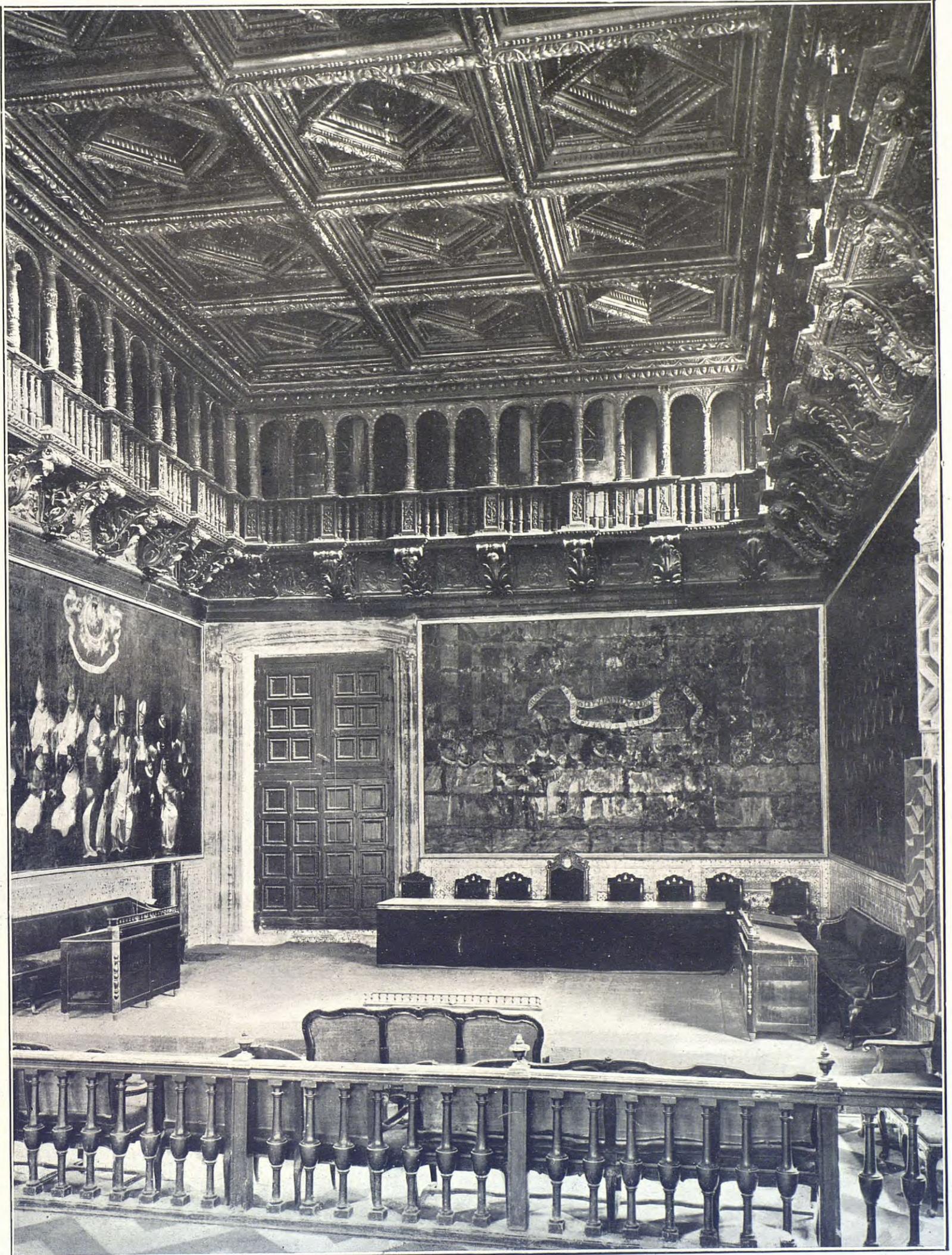
cada barriada cuece el pan, impregnándolo de un tufo serraniego; el aliento marítimo, con su sal, y el de las mercaderías exóticas que los navíos remotos trajeron al puerto, llenándolo de bolín magnífico que no extraña el país, con abalongo piratesco, como buen mediterráneo. Y por si faltaba algo, imaginaos tanta abundancia confundida y revuelta á cada instante por capricho ó cólera de los vientos. Se disputan el dominio del paraíso en ferias que es Valencia, tres diferentes voluntades que se manifiestan por el aire. Hasta la vega del Miguelete arriban en ocasiones ráfagas enloquecidas del sirocco, que arrastra arenas, y con sus aletazos cálidos clama la nostalgia del moro. Y acude á replicar un ventazo imperativo y cruel que envían los hidalgos de tierra adentro, como una tiránica imposición. Pero es la costumbre que ría y sonríe la brisa que ha nacido en Italia, y quiere morir en el Nápoles florentino, ó la Florencia napolitana que llamamos el Levante español. Supongo que ya nadie se asombrará de mi afirmación, la de que el ambiente se apodera del individuo y esfuma su personalidad, embriagándolo de sensualidades, dejándole apenas una tenue idea de poseer espíritu.

Entonces, preguntaréis: ¿Valencia no significa más que la apoteosis de los sentidos? No sería esto poca cosa, aquí donde nos ejercitamos en la sobriedad del camello. Pero hay más. La orgía involuntaria en que vive el levantino, si no infundió en su pecho una voracidad bella por desgarrada é insaciable, ha ennoblecido y aristocratizado sus placeres, ya que los envenenó con la seguridad de una corrupción inmediata. Las rosas valencianas, tan carnales, duran menos aún que las celebrísimas del poeta francés. El hombre inconsciente y brutal eterniza entre las adelfas, los mirtos y los cañaverales, el sátiro y el fauno. En cuanto á las sensibilidades y los entendimientos afinados, ya que no pueden desprenderse de la pátina sonora, fragante y multicolor, amargan con un poso de melancolía y

clarividencia su felicidad momentánea y externa. Tú, el monje laico de casi todo el resto de la Península, siempre encontrarás un ejemplo vivificador en los rebaños faunescos ó en tal cual oculto Petronio que bebe la Muerte de labios de su amada...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE VALENCIA



SALÓN DE CORTES, EN EL EDIFICIO QUE OCUPA ACTUALMENTE LA AUDIENCIA

FOT. GARCÍA

LA ESFERA
CUADROS ESPAÑOLES



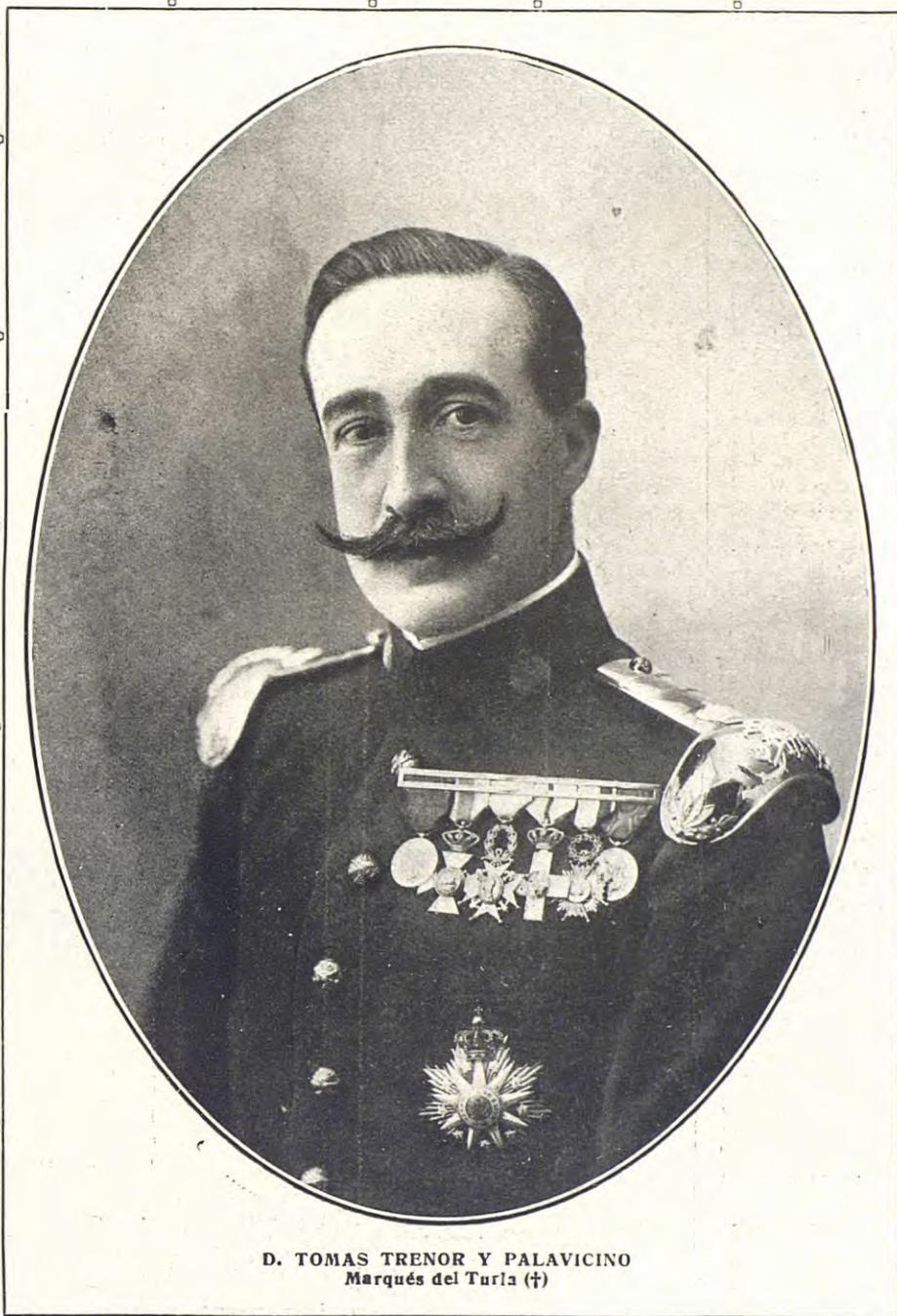
EN LA HUERTA, cuadro del ilustre artista valenciano José Benlliure

HOMENAJE AL MARQUÉS DEL TURIA

EN la historia de todas las ciudades hay una página que registra el momento de su glorioso despertar junto al nombre de algún varón insigne que tuvo la virtud de recoger todas las energías para propulsarlas y encauzarlas en honra y en provecho de todos. Así Bilbao, que une sus días de florecimiento industrial al nombre de Víctor Chávarri; así Barcelona, que junta un instante de renovación al nombre de Rius y Taulet. Así también Valencia, con unos días de asombrosa actividad, y el nombre ilustre de Tomás Trénor y Palavicino, honrado justamente con el título de marqués del Turia.

Recorrer actualmente Valencia; contemplar sus vigorosas palpitaciones comerciales, industriales y artísticas; disfrutar en sus calles de la democrática y al mismo tiempo respetuosa confusión de clases; convivir, en fin, con el pueblo sano, fuerte, trabajador y alegre, es recordar el interesante momento de aquel Certamen regional que en 1909 inició Tomás Trénor y representa la renovación de una ciudad consciente de sus energías y su porvenir. Aquel varón insigne, todo nobleza y corazón, escribió como lema en que concretaba las aspiraciones de su pueblo: «Queremos presentar á nacionales y extranjeros, con los productos de nuestras montañas, de nuestros campos, de nuestra huerta sin par, los adelantos de nuestros talleres y fábricas, de nuestras artes y nuestros oficios, de las Bellas Artes y de cuanto es demostración de progreso, de cultura, de prosperidad y riqueza en los pueblos que todo lo deben á sus energías, á su fe en lo presente y en lo venidero, á la confianza que tienen en sí mismos.» Y la región entera, como ejército que sigue á su caudillo, obedeció á la voz impulsora y realizó un alarde que puso ante los ojos de España entera la capacidad, la inteligencia y la valía de los levantinos.

Durante el memorable Certamen dió Valencia claras y fecundas pruebas de su educación social, de su condición hidalga y de su carácter hospitalario. En su recinto, en aquella pista de inmensas proporciones y variada ornamentación, se celebraron fiestas de riqueza, de arte y de lujo, en las que fueron el mejor adorno estas mujeres valencianas que llevan en los ojos todo el prestigio de su raza. Mientras tanto, hacían un magnífico alarde todos cuantos en Valencia se esfuerzan y trabajan. Y allí estaban los productos de sus campos y sus jardines, de sus ebanistas y forjadores, de sus tejedores de seda, de sus ceramistas, de sus litógrafos, de grandes industrias y de innumerables manufacturas pequeñas, á las que es tan noblemente aficionado el pueblo valenciano, con exceso individualista. Allí tendió el vuelo la fama que hoy acredita en todo el mundo á la ciudad de Levante, mientras las otras provincias españolas contemplaban



D. TOMAS TRENOR Y PALAVICINO
Marqués del Turia (†)

admiradas y sorprendidas cómo un pueblo eminentemente agricultor se entraba decidido por los caminos del progreso industrial, completando el acervo de su propia riqueza.

Aquella admirable manifestación regional fué pedestal para el glorioso nombre de D. Tomás Trénor y Palavicino, marqués del Turia. Sobre tanto esplendor se alza la figura del abnegado y patriótico iniciador y patrocinador del gran Certamen valenciano, para admiración y ejemplo de todos, como modelo de varones generosos, amantes hasta el sacrificio de la tierra donde vieran la luz.

El marqués del Turia nació el 6 de Abril de 1864 de una ilustre familia valenciana que gozaba en la región de alto prestigio mercantil. El año 1881 ingresó como alumno en la Academia de Artillería, y en el benemérito Cuerpo llegó á ostentar el grado de coronel. De su amor á la Patria y de su entusiasmo por la carrera de las armas, dió pruebas en muchas ocasiones de su vida. En los últimos momentos de su existencia, en las horas supremas de rendir su cuer-

po á la tierra y su espíritu á Dios, no se olvidó de que era español y artillero, y recomendó á su hijo, cadete á la sazón, que amase y sirviese á la Patria y honrase el uniforme con la más grande lealtad.

Llevaba tan hondamente el cariño á su tierra, que no podía ni quiso abstraerse á intervenir en la política valenciana. Fué diputado por Albaida y por Vinaroz, y puso en el desempeño de su cargo el ardor y la abnegación que siempre fueron lema de su vida. Poseía, bien ganadas, numerosas cruces y recompensas, y fué gentilhombre de S. M. el Rey. Siempre, sobre todas las cosas, destacó su amor á Valencia, que era el amor de sus amores.

Siendo presidente del Ateneo Mercantil, hizo cristalizar el magno proyecto de ofrecer al mundo el espectáculo de su patria chica como pueblo laborioso y productor. En aquel noble esfuerzo puso todo su empeño y comprometió su inteligencia, su actividad y su fortuna. Era su anhelo que el Certamen se celebrara con amplitud y magnificencia soberanas, según él lo concibiera, y no recurrió á favores ni subvenciones del Estado. Se confió á sus propias fuerzas y á las energías de la región, y después de una tarea de dos años, tras los continuados esfuerzos que el proyecto exigía, él sólo tuvo que responder al enorme déficit económico que aquella organización había de producir fatalmente, como todas las organizaciones de su índole y su importancia. Don Tomás Trénor se entregó en manos del Ateneo Mercantil, en una memorable sesión celebrada por aquella entidad. El Ateneo hizo suya la responsabilidad económica del Certamen; pero desde entonces, y á pesar del tiempo que va pasado, nada se ha hecho para

resarcir á la familia del ilustre patricio de las pérdidas sufridas en la que bien puede ser llamada gloriosa epopeya valenciana.

El lo dijo, poniendo un comentario á la celebración del Certamen. «Se abrirán nuevos mercados á nuestros productos, en todas partes será conocido nuestro valer; y yo, modesto colaborador de esta gran obra, me sentiré orgulloso de haberla iniciado, si una nueva era de paz y de trabajo se inaugura al mismo tiempo que la Exposición.» Se han cumplido sus profecías. Valencia se ensancha y florece como pueblo trabajador. Pero el insigne valenciano no pensó seguramente que la ilustre dama que fué su compañera habría de llorarle arruinada, porque el Erario español, tan dádivo con otras regiones, permitiría que un caballero patricio que la sirvió con inteligencia y con lealtad, convirtiera en mal propio lo que tan provechoso había de ser para sus conciudadanos. ¿No es hora ya de que se haga también justicia al patriotismo del llorado marqués del Turia?

RAFAEL GAY DE OCHOA

Valencia antigua y Valencia moderna

DEL espectáculo de entrambas hemos podido gozar todos los que en edad madura al presente nos hallamos, porque el renacimiento y las mudanzas en nuestra ciudad han sido tan rápidos é improvisados como consistentes y duraderos fueron su legendaria constitución y su típico carácter.

Hasta después de mediar el pasado siglo, conservó Valencia en absoluto no sólo el primitivo emplazamiento, sino el mismo grandor y redondeado perímetro que en 1356 le asignó el rey aragonés D. Pedro IV *el Ceremonioso*, con la tortuosidad y angostura de sus calles, que recuerdan aún la dominación de los moros, sin que durante el reinado de la Casa de Austria llegase á adelantar un solo paso en el camino de sus mejoras, ni en el de reforma de sus antiguas vías. Las líneas acusadas en el bien trazado mapa, grabado en 1717 y dispuesto por el célebre matemático valenciano Dr. D. Tomás Vicente Toseá, exactamente corresponden y se acoplan á las trazadas en cualesquiera de los numerosos planos de Valencia que en la primera mitad de la pasada centuria se publicaron: las mismas estrecheces é imperfecciones, los mismos ángulos y recodos, y las mismas calles y manzanas lastimosamente perduraban aún en el año 1865.

Un alto muro almenado, ennegrecido y vetusto, sin fortaleza alguna, rodeaba á la población por todos lados, siguiendo en la parte Norte la dirección del río, y extendiéndose en las del Este, Sur y Poniente por los linderos de las actuales avenidas de Colón, Játiva y Guillén de Castro. Varias puertas, unas monumentales y artísticas, y otras de menor importancia, abiertas en exiguos y mermados torreones cuadrangulares, daban acceso al campo tan sólo durante el día, puesto que al anochecer había orden terminante de cerrarlas, quedando tan sólo franqueable el postigo de la del Real para los retrasados, y esto únicamente hasta la primera campanada de las diez en el reloj de la catedral, sin dilación alguna.

La ciudad, mediante el sucio valladar, que casi por entero la circundaba, y un estrecho, en muchos puntos solitario, y peligroso camino, lindaba inmediatamente con la huerta, porque la edificación alrededor del muro era escasísima, fuera de la agrupada en los lindes de las principales carreteras, que formaba las calles extramuros de San Vicente, Quart, Marchalenes, Morvedre y Alboraya, constituidas todas por posadas y tabernas, y pequeñas viviendas de labradores.

En el interior corría por junto á la muralla un angosto callizo, á grandes trechos deshabitado y en otros con miserables casuchas, en el que por



El Miguelete

cierto perduraron las procesiones de disciplinantes y los *Via Crucis* hasta muy entrado el siglo XIX; y las calles de la ciudad, aun las más principales, todas sin empedrar, si tenían aceras, eran raquíticas y voluntariamente facilitadas por los respectivos y munificentes propietarios, quedando el arroyo al cuidado casi por entero de los habitantes de las plantas bajas, que por orden de la autoridad habían de barrerle y regarle. Pero ¡ay de los días lluviosos!, porque entonces permanecía completamente intransitable para mucho tiempo.

La ancha é importante acequia de Rovella, al penetrar en la ciudad, quedaba al descubierto en toda la longitud de la calle de la Corona y plaza de Mosén Sorell, lo mismo que en la calle de Ruzafa (hoy de Pi y Margall) y que en la plazoleta de entrada á la Estación de ferrocarriles del Norte, en donde el puente *dels Patos* daba ingreso á la actual calle de Ribera (antes del *mig de Peixcadors*).

Las vías extremas eran tan poco transitadas, que en algunas, como en la anteriormente mencionada de Ruzafa, crecía la hierba por delante de los edificios (tres iglesias y un hos-

pital), marcándose tan sólo por el centro de la calle una tortuosa y angosta senda. La de Zaragoza era la más animada de la capital, por el tránsito á la Basílica y por las varias tiendas de bisutería y juguetes, *Botiques dels alemanys*, allí establecidas. En ella y en la contigua plaza de Santa Catarina acostumbraban á reunirse *els senyoréts*, como el mejor y más estratégico punto de recreo, para conversar y para sorprender el paso de *les polletes*; pero las calles más principales de Valencia eran á la sazón la aristocrática *de Caballeros* y la denominada *de la Mar*, que han quedado hoy en segundo término.

En vez de los suntuosos y recargados edificios á la moderna, que ahora gustan, fuertes y perennes estaban siempre aquellos caserones señoriales, de enorme fachada con anchos planos macizos y escatimado número de balcones; de amplia puerta principal, por lo regular enana, y el desproporcionado zaguán, *pati*, que á la legua denunciaban ser aquella la habitación de una noble ó rica familia de hacendados, de *senyoréts de tartana*, como comúnmente se decía. La clase media habitaba en escalerillas y casas de ninguna apariencia, y los comercios y las industrias, todas pequeñas entonces, aún se hallaban conglomerados, según su clase, en los legendarios y sabidos puntos de la población que la inveterada costumbre les asignó: las tiendas de telas de algodón é hilo y de la especialidad de mantas y mantones, en la calle Nueva; las de paños, en la de los Derechos; las de curtidos y suelas, en la Corregería; las de cerrajeros, en la de *Manyans*; y así de las demás, que todas tenían su calle propia. En el barrio de las Torres vivían los tejedores de seda, *els velluters*; y en las partidas del Carmen y en las callejas de San Antonio y de San Gil, los menestrales y gente desheredada; pero en toda la ciudad abundaban los obradores y pequeños talleres, repletos de oficiales y de aprendices, por lo que la animación y la alegría nunca se echaban de menos. Cabalmente, en estos barrios y callejones eran más famosas y lucidas las fiestas de calles, que dedicaban en cada una á su santo tutelar, con acompañamiento de músicas y cohetes, de bizcochos y festejos, que duraban dos ó tres días.

La vida y las costumbres eran mucho más apacibles y tranquilas que en la actualidad: los adinerados, á gozar de sus rentas, aumentándolas sin parar, retirados en sus casas durante el invierno, asistiendo con verdadera fe á todas las ceremonias religiosas, y veraneando en el Cabañal ó en alguna finca de su propiedad en la huerta; y los pobres, á trabajar entera toda la semana, para poder solazarse el domingo en la *Chala*, esto es, yéndose de merienda á la *Volta*



La calle de las Barcas antes de la reforma



La calle de las Barcas en la actualidad



Calles de Alfredo Calderón y Sagrario de San Francisco



La Gran Vía del Marqués del Turia

del Rosinyó ó á otro cualquier punto cercano, en donde jugaban y se divertían con las respectivas familias y las de sus compadres.

En Valencia no había más teatros que el Principal y el de la Princesa, y pocas veces lograron en ellos triunfar económicamente los empresarios; ni había más cafés que el de la calle de Zaragoza, llamado de Arnau (hoy Bazar Giner); el de Laurence, en la del Mar; el del Teatro y el de la Iberia, en la de las Barcas, y el de Pedro, en la plaza de la Virgen. En la Plaza de Toros, aún de madera, tan sólo se daban dos corridas reales y unas pocas novilladas por año. La única fonda era la del Cid, sita en la plaza del Arzobispo; lo demás todo eran mesones: los ricos viajaban poco y las gentes estaban acostumbradas á retirarse al anoecer á sus casas, pasando en ellas las veladas, que solían amenizar con lecturas, juegos, comedias caseras y conversaciones afectuosas.

La gente, no obstante, se resarcía con creces en las abundantes fiestas típicas y legendarias de nuestro pueblo, que estaban entonces aún más vivas y rozagantes que ahora: los *porrats*, las romerías á Chirivella y Campanar, el Carnaval y las *falles de Sant Josép*, Pascua y *els Milacres*, la feria de la Ascensión y el *Corpus*, la noche de San Juan, el mercadillo del Carmen y los baños de mar, la fiesta de Agosto y la salida á Burjasot el día de San Roque, la *anada á Lliria* y á la *Cóva Santa*, la víspera de San Dionisio, *les tirades* de la Albufera y la feria de Navidad, consti-

tuían otros tantos regocijos populares, á que la gente anual y entusiásticamente se asociaba.

Pero de pronto, con el derribo de las murallas, que comenzó el día 20 de Febrero de 1865, y á impulsos del ardoroso afán de vida y de progreso que surgió en España con la gran Revolución de 1868, el cambio ocurrido en Valencia fué tan hondo y trascendental, que su engrandecimien-

vetustos restos del convento de San Francisco, la nueva fábrica de Tabacos, los mercados del Grao, calle de Sagunto, Ruzafa y Colón, el ensanche de la calle de San Vicente, la anhelada y hermosa transformación del antiguo barrio de Pescadores, la casi repentina realización de la Gran Vía, la apertura y conducción del camino del Grao hasta el mismo Puerto, la nueva Estación del Norte, el Banco de España y algunas otras grandes y pequeñas reformas, realizadas todas en pocos años, han dado á la población aspecto de gran ciudad; se han abierto nuevas y anchas avenidas, cruzadas por varias redes de tranvías, embellecidas con árboles y jardines, extraordinariamente alumbradas con focos eléctricos y de gas, limpias y bien pavimentadas.

Todo esto sin que nos detengamos en otras mejoras, que están no sólo en proyecto, sino en vías de próxima realización. Entre las más importantes, pueden citarse: las obras del grandioso Puerto, llamado ya hoy *el de la Luz*; la monumental fachada de la Casa de la Ciudad, la gran Central de Correos y Telégrafos, la Facultad de Ciencias y Medicina, el magnífico y grandioso Mercado Central, la reforma y gran ensanchamiento de la plaza de la Reina, y el ferrocarril directo á Madrid, que la ha de convertir en puerto y mercado de todo el centro de España.

L. CEBRIAN MEZQUITA
Cronista de Valencia



La capilla de Nuestra Señora de los Desamparados

to y sus mejoras no han tenido interrupción, y sus costumbres y su modo de vivir han revolucionado de una manera completa. La total cubierta del Valladar, la apertura de la calle de Peris y Valero, la nueva canalización de la acequia de Rovella, los ensanches de Colón y de Quarte, el extensísimo de la orilla izquierda del río, la nivelación y ensanchamiento de la calle de Don Juan de Austria, la desaparición de los

to y sus mejoras no han tenido interrupción, y sus costumbres y su modo de vivir han revolucionado de una manera completa. La total cubierta del Valladar, la apertura de la calle de Peris y Valero, la nueva canalización de la acequia de Rovella, los ensanches de Colón y de Quarte, el extensísimo de la orilla izquierda del río, la nivelación y ensanchamiento de la calle de Don Juan de Austria, la desaparición de los

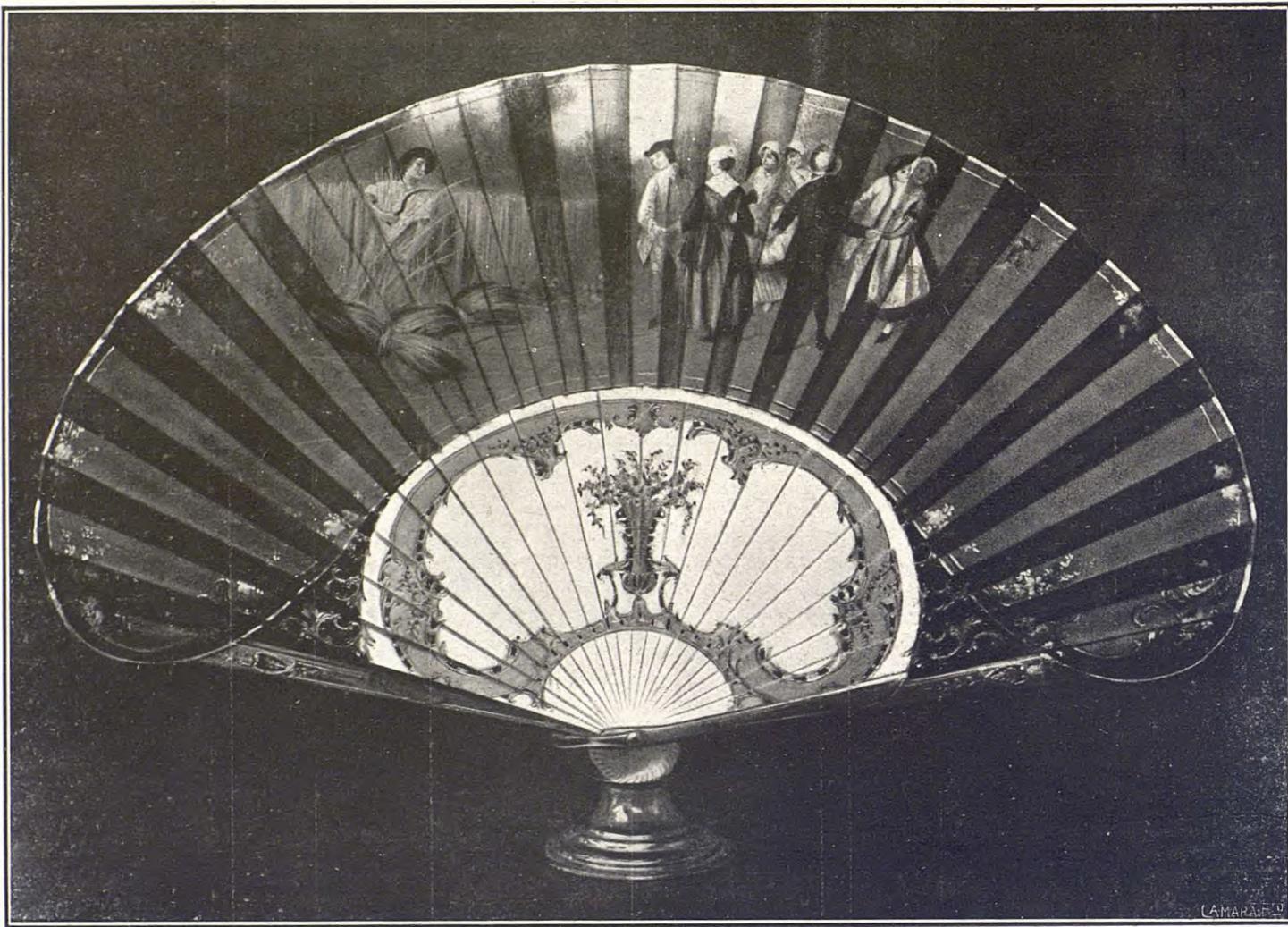


La calle de Còica



La calle de la Paz

LOS ABANICOS DE VALENCIA



Abanico ovalino, modelo para 1918

SIEMPRE tuvo mucha importancia la industria abaniquera de Valencia. Aun puede decirse, sin hipérbole, que la fabricación de abanicos es una industria española y, con más exactitud, valenciana, tanto por la construcción del varillaje como por la montura que ha de hacerse luego en tela ó papel.

Esta industria, esencialmente artística, había de encontrar campo á propósito para su desarrollo en Valencia, porque el temperamento de los valencianos es fácil á todo lo que tenga una manifestación de belleza. El origen de su arraigo en la región, es muy remoto. Puede asegurarse que la fabricación de abanicos tomó pronto carta de naturaleza, favorecida por las cualidades del país y de sus naturales, y que se desarrolló rápidamente por esas mismas cualidades y por el concurso que siempre le prestaron los artistas de la pintoresca región. Así llegó á contar España con una industria floreciente y próspera, digna competidora de sus semejantes de Francia y de Italia, y aun del Japón. Así también puede asegurarse que la industria del abanico es esencialmente valenciana, pues las escasas poblaciones españolas que la cultivan, no pueden igualarse á Valencia ni resisten su comparación; y mientras la ciudad valenciana ha conseguido el mayor perfeccionamiento, las demás — algún pueblo de Huelva, por ejemplo — no han logrado ni la calidad ni la duración que tienen los abanicos valencianos. Es más. En diferentes ocasiones se ha intentado trasplantar la industria valenciana á otras regiones, sin haber alcanzado el éxito á que se aspiraba, quizá porque los pueblos elegidos no disponen del temperamento artístico de los levantinos.

En Valencia, la fabricación de abanicos ha llegado á adquirir una importancia extraordina-

ria, y se cuentan por muchos miles los obreros en ella empleados. De estos obreros, una gran parte trabaja en sus propios domicilios y en pequeños talleres auxiliares, circunstancia que da idea de la extensión industrial lograda. Al perfeccionamiento del abanico en Valencia contribuye la facilidad con que en la propia región se encuentran las clases de operarios precisos, lo mismo pehueros, es decir, los encargados de labrar la madera, que los maqueadores y pulimentadores, los cuales, como indica su nombre, se encargan de las labores de pulimento y de adorno. Y no se concreta la industria á la intervención de estos operarios, porque á la fabricación contribuyen numerosas y diversas industrias, tales como la carpintería, el dorado, la papelería, la orfebrería, la pintura, el arte de los encajes y bordados y algunas más.

La producción valenciana de abanicos es inmensa, pues provee todo el mercado nacional y exporta grandes cantidades á los países de América y también á los de Europa, principalmente Italia, Suiza, Inglaterra, Francia y Alemania. Igualmente realiza importantes exportaciones de varillajes labrados, que se destinan á los abanicos de lujo y fantasía de las fábricas francesas, italianas y austriacas. Una de sus más grandes producciones la constituyen los abanicos de costumbres españolas, por los que tienen preferencia los extranjeros.

Esta importancia, realmente extraordinaria en un desarrollo no interrumpido un solo momento, ha sido conseguida á pesar de las dificultades con que la industria lucha, ya por la indiferencia de los Gobiernos y por la falta de protección oficial, ya por la competencia que ha de sostener con la fabricación japonesa. No obstante, la constancia, la actividad y la inteligencia de los elementos que integran la indus-

tria y el poderoso esfuerzo de cuantos contribuyen á ella, consiguen mantenerla en el primer lugar, en lo que á importancia se refiere, ante los demás centros productores del mismo artículo en Austria, Francia y el Japón.

Los fabricantes valencianos de abanicos están constituidos en sociedad. A ella pertenecen los Sres. Barber y Lorca, Clapés y Compañía, Vicente Sánchez Mañez, J. Prior Sanchis y Compañía, Arturo Carbonell, Ramón Cabrelles, Juan Llorens hijo, Sebastián Montesinos, J. Garriga Moner, José Oltra, Rogelio Suárez, Viuda de Joaquín Fortea, Francisco Campos, Bartolomé Tarin, Ricardo Badenes, Vicente Albiñana, Vicente Aparisi y José M. Montalt. Actualmente acaban de crear un elegante modelo de abanico titulado *Ovalino*, el cual es seguro que ha de constituir un verdadero acontecimiento en el mundo artístico y aristocrático. Así contribuyen al crecimiento de la industria. Y gracias á la extensión que se ha logrado, pueden crear y poner en circulación los nuevos modelos de cada temporada, de los cuales es un alarde de gracia, de arte y de buen gusto el *Ovalino*, que constituirá la novedad y la moda en el próximo año, y del cual publicamos una reproducción en la presente plana. Los fabricantes de Valencia, como los industriales de otros países en otros artículos que con la moda tienen relación, aspiran á presentar todos unidos, colectivamente, el modelo único, que puede ser considerado como la base de la fabricación y sirva al mismo tiempo de orientación al público.

Es de esperar que los nobles esfuerzos de la Sociedad de fabricantes de abanicos valencianos obtengan el éxito que merecen, y que los afanes por aumentar el crédito de una gran industria nacional consigan la más halagüeña de las realidades.

VALENCIA RIE



“En el huerto del Santísimo”, por Gómez Durán

UN marco de brillante policromía—flores y espléndido azul del Mediterráneo—encendido en reflejos por un sol cegador, encuadra á Valencia, la ciudad sembrada de agudos campanarios, que sirven de lugares de reposo á las bandadas de palomas que surcan el cielo. Por dondequiera que tendemos la vista, el color lo es todo. Desde lo alto de *el Micalet*, esa torre madre, que es como la cimera de la ciudad, aparecen toda la huerta y el mar como rico mosaico. No es tapiz de colores mates, apagados, desvanecidos, fundidos; es mosaico esmaltado, brillante, de colores puros y recortados, lleno de reflejos, esos reflejos que el sol enciende en el mar, en las sábanas de agua de los arrozales y en la intrincada red de acequias que corren por las huertas.

Valencia, con ese instinto certero de las ciudades que quieren ser personales y que luchan por no naufragar en esa finta neutra de los pueblos modernos, ha procurado, y aún procura, armonizar con ese marco de rica policromía. Pero en ese *querer armonizar* ha sabido amoldarse á la marcha del tiempo; no ha dado el acorde que se eterniza, sino el que varía y se modula á compás de las épocas.

Ya se apagaron para siempre los colores vivos de la manta del labrador, del pañuelo que anudaba á su cabeza y de la faja con que ceñía su cintura; ya se extinguieron las luces brilladoras de las agujas y peinetas con que adornaba su cabeza la labradora, las de las lentejuelas con que bordaban pañuelos y delantales y las de las ricas telas de sus faldas acampanadas; ya, por un falso amor de los hombres hacia lo antiguo, apagó la maldita restauración el oro con que se encendían las viejas piedras de las torres de Serranos y de la Lonja, cuando el sol de los crepúsculos les daba el beso de llegada ó de adiós y las hacía arder en rubores. Todo ello acabó, barrido por los tiempos nuevos y sus necesidades, ó por el mucho saber de los hombres, que sacrifica al dato exacto, cierto, preciso, ó que él cree tal, toda la poesía que el tiempo y la Naturaleza ponen en las cosas.

Por tales derroteros iba Valencia camino de convertirse en un *pueblo gris*, tanto más *gris* cuanto que en sus aledaños florecían los colores espléndidamente. Pero en la casa labradora, en la típica *barraca*, había quedado la si-

miente de la redención. En la *canterera*, junto al hogar, los cántaros esmaltados de verde, los jarricos, platos y escudillas con coloreados dibujos rudimentarios, destacando todo sobre un zócalo de azulejos blancos ú ornamentados, fueron como los despertadores de la risa que poco á poco desarrugó el ceño que amenazaba con entenebrecer la ciudad. Una vieja industria, legendaria, decaída, la cerámica de Manises, proveía al labrador de esa vajilla esmaltada, ruda, pero bella como todo lo ingenuo. Y de esa humildad brotó el nuevo florecer policromía de Valencia.

Como fuego, que es al principio chispa, luego arde en llama y al fin se enciende en abrasadora hoguera, así del rincón de la *barraca*, pequeño santuario de la policromía decorativa esmaltada, salta ésta á los muros interiores de la casa, y de éstos se comunica á la fachada, derramando en revestimientos, frisos, relieves, medallones, la alegría del color.

Ayer concentróse la policromía en la indumentaria de las gentes de la huerta valenciana, convertidas en flores humanas, moviéndose entre las flores de los campos. Hoy es el color vestidura de la casa, que se ilumina con los ri-

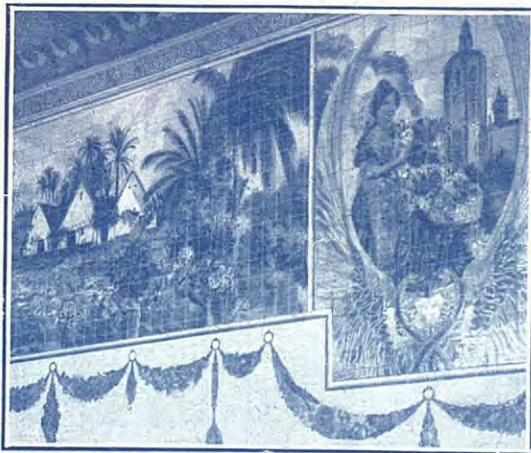
cos reflejos coloreados de una policromía de ensueño.

En la Exposición Regional de 1909 dieron los ceramistas la materia; mostraron las *posibilidades* de la decoración cerámica aplicada á la arquitectura moderna. Desde entonces comenzó á florecer el color de los esmaltes por todas partes. Con ladrillos esmaltados se decoraron parcial ó totalmente las fachadas de los edificios; de ladrillos esmaltados se hicieron rótulos de tiendas y de calles; con ladrillos esmaltados se ejecutaron carteles anunciadores. La ciudad, gozosa de su resurrección, orgullosa y alegre al vestirse con su manto de bellos colores, quiso salir al encuentro del viajero luciendo sus nuevas y luminosas galas, y condensó su renovación del sentido de la belleza en los dos puntos por donde aquél llega á Valencia: en el puerto y en la nueva Estación del Norte. Después de navegar sobre el divino azul mediterráneo ó de cruzar las verdes y floridas huertas, llegan los hombres á la ciudad borrachos de luz y de color; y ésta, para ser atrayente y acogedora, les abre sus brazos cargados de las flores esmaltadas de su cerámica.

Siempre, en todas las más espléndidas y exquisitas manifestaciones de este renacimiento de que hablamos, tropezamos con la acción directora ó la influencia bienhechora de un hombre callado, modesto, de espíritu moderno, de gusto refinado, de delicada sensibilidad: Gregorio Muñoz Dueñas, quien, al frente de talleres cerámicos, y hoy dirigiendo la nueva Escuela de Cerámica de Manises, va orientando las aplicaciones del ladrillo esmaltado á la decoración por senderos de luz y de belleza.

Con este desarrollo adquirido por la decoración arquitectónica ha evitado Valencia divorciarse de su huerta y de su mar. Ha vuelto á ser hermana de éstas; ha recobrado el derecho á vivir abrazada á ellas, fundidas en una inefable armonía, dando un acorde luminoso, único, cáldo, brillante, alegría de los ojos y del corazón.

Y en esta plenitud de luz que siembra el sol, y que chispea por todas partes, Valencia ríe, mirando su huerta encendida de flores y su mar, en el que el viento teje encajes de espuma.



Detalles del decorado cerámico de la nueva Estación del Norte de Valencia. FOT. GÓMEZ DURÁN

LA CATEDRAL DE VALENCIA

Si aducir prueba ni referencia alguna autorizada, sostienen algunos autores que la catedral fué antes, en la antigua Valencia de la época romana, un templo dedicado á Diana. Más probable parece que fuera en tiempo de los godos, aquel templo ya episcopal, consagrado al Salvador, y por cierto puede darse, según Teodoro Llorente, que fué dedicado á la Virgen María por el Cid Campeador. A la Virgen, también, patrona de sus conquistas, dedicó D. Jaime la mezquita, purificada y bendecida, y la imagen de la Madre de Dios ante la cual oyó en Valencia su primera misa de campaña el *Conqueridor*, quedó en la capilla mayor como patrona de la nueva catedral, y aun se asegura que es la misma, pintada en tabla que, con el nombre de *Mare de Deu del anell*, se conserva en la sacristía.

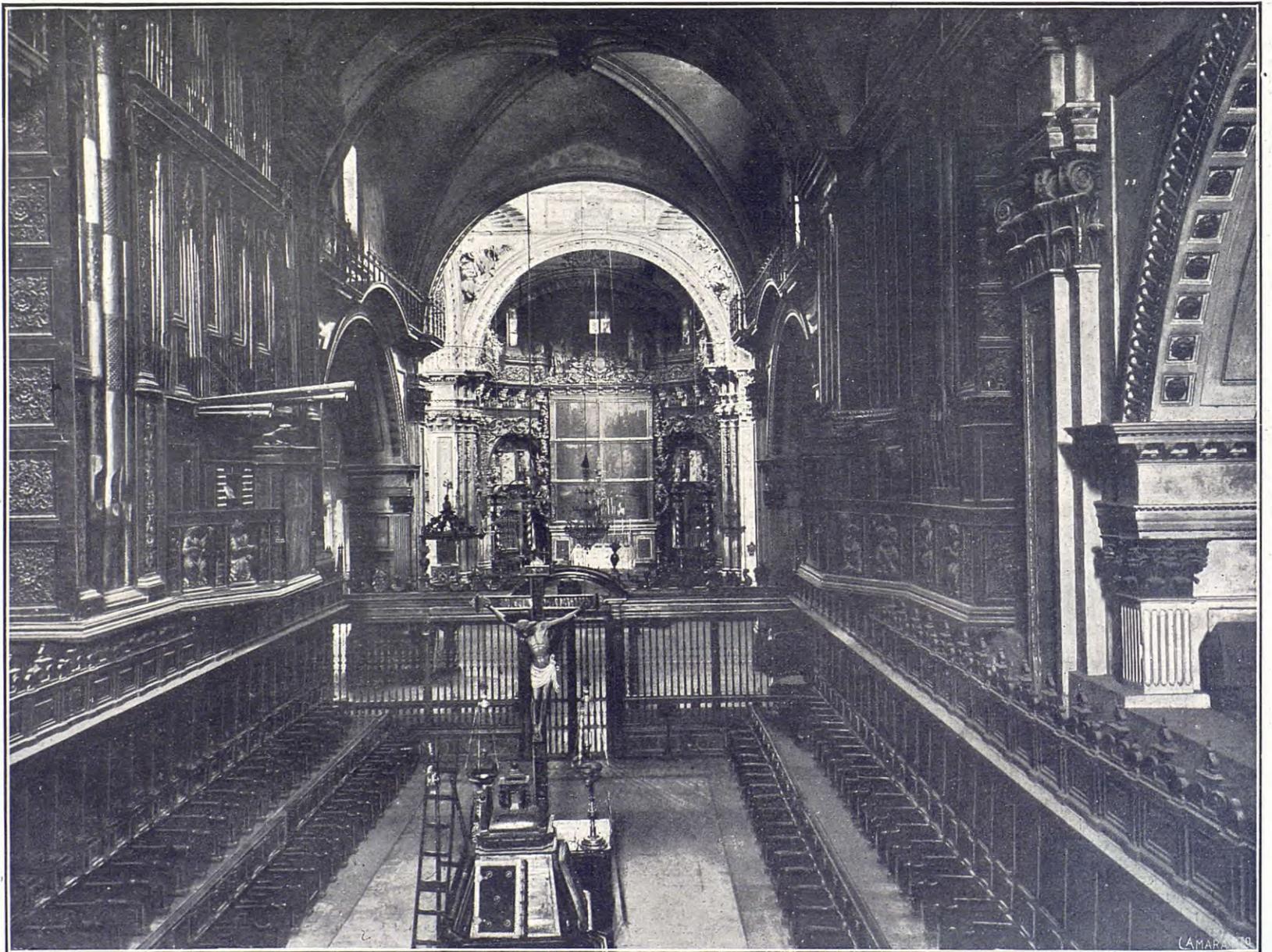
En 1262, el tercer obispo de Valencia, fray Andrés de Albalat, puso la primera piedra de la reconstrucción material, según testimonios fidedignos.

El templo, de arquitectura ojival, sencilla y severa, como corresponde al gusto del siglo XIII, construido todo él de piedra labrada, tenía tres naves—más ancha y más elevada la central que las laterales—, un espacioso crucero y detrás de la capilla mayor otra nave en for-



Puerta bizantina de la catedral de Valencia FOT. GÓMEZ DURÁN

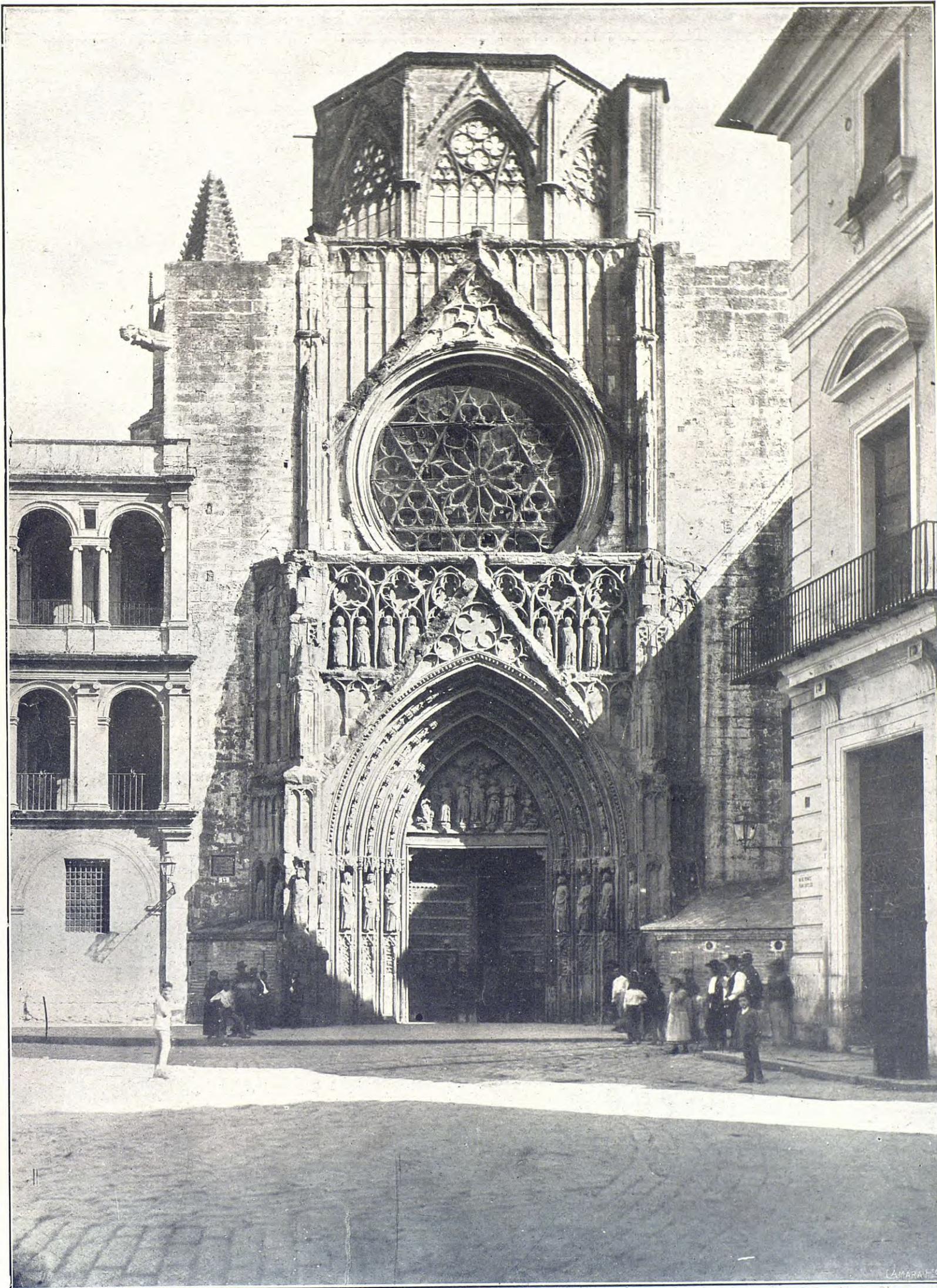
ma de rotonda, como en la catedral de Barcelona. Todo ello subsiste. La fábrica es la misma: la decoración ha cambiado por completo. Bajo el reinado de Pedro IV, sufrió dos grandes mejoras: la construcción de la grandiosa y grave aula capitular y la de la navada, que se extiende del trasero á la puerta principal de hoy, uniendo el vasto edificio á la fortísima torre. Así, por estas ampliaciones, mejoras y restauraciones—no todas de la mejor armonía artística—, se explica la diversidad de estilos que se advierte en muchos detalles, como, por ejemplo, en las puertas, de las cuales mientras la de los Apóstoles es ojival, la llamada del Palau es del más bello bizantino, y la principal tiene, junto á aciertos de inspiración, amplitudes influidas del genio de Bernini. No se ha averiguado á ciencia cierta las fechas de la construcción de las puertas del Palau y de los Apóstoles. Sabido que la obra de la iglesia mayor se emprendió cuando el orden románico cedía el puesto al ojival, podría atribuirse anterioridad á la puerta del Palau, si no se supiese que ambos géneros coexistieron durante un tiempo bastante largo.



El coro, y el altar mayor al fondo

FOT. GARCÍA

LA ESPERA



PUERTA DE LA CATEDRAL DENOMINADA DE LOS APÓSTOLES

FOT. GARCÍA

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



EN LA PLAYA DE VALENCIA, cuadro de Cecilio Plá

LA ALBUFERA



Pintoresca vista de uno de los rincones del Saler, pueblecito de la Albufera

NADA más clásico y nada más romántico que la Albufera, la famosa laguna valenciana.

De un lado hay un pinar denso, entre cuyos troncos refulge el mar, y se desarrollan pastorales, y florecen idilios primitivos. Al otro lado está el agua muerta, con su costra musgosa, con hierbajos ondulantes y viscosos como reptiles, con sus barcas negras de aspecto funerario, con una humanidad trémula y espectral por las fiebres.

El crepúsculo matutino, armonioso en sus verdes y su carmín tiernos, musical del oleaje y fragante por el aliento de los pinos removidos, trae á la memoria versos de Teócrito. Pasa un zagal, dorado como un barro antiguo, y le sigue la torada bermeja, y acaso en las astas de uno de los toros pende el penacho de una rama de campanillas, en torno á las cuales trenzan su revuelo unas mariposas.

A la caída de la tarde, tiene el lago una profunda vaguedad sentimental. Se amasaron los carrizales y flota el vaho de la linfa estancada. Croan las ranas á lo lejos. Se oye el zumbido de las rondas de insectos. Las irisadas aves exóticas saltan de uno á otro islote de juncos, como en las estampas japonesas. En el cielo malva se recortan unos chozos miserables. Los ca-

nalillos espejean los arboles de la puesta, y tal vez un lucero ha caído entre las marañas verduscas del cieno. Una góndola se desliza por impulso de un fantasma encorvado sobre la percha. Surge en el aire esa pintura desoladora de Puvis de Chavannes, el *Pobrecito pescador*.

Y todavía queda el *lluent*, con su amplitud tersa, que, según la hora, es cristal, plata, baño de los astros, ó una balsa enorme de luz de luna...

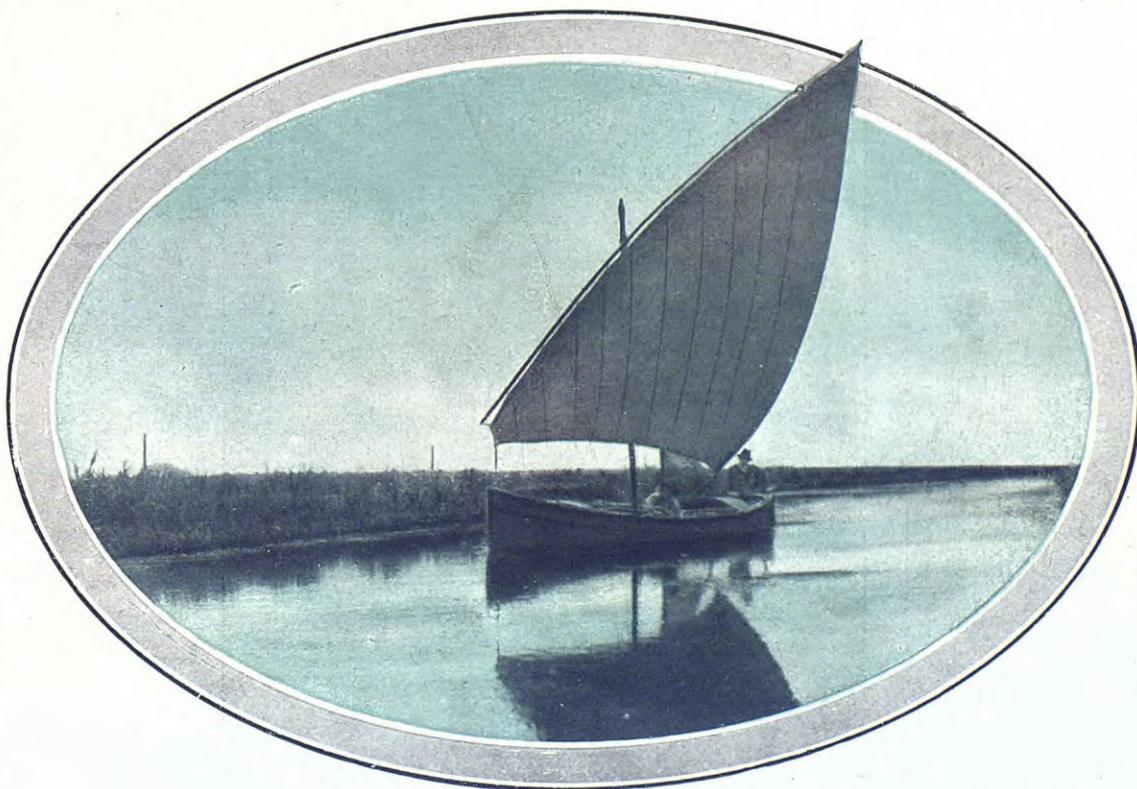
□□□

Igual contraste que el bosque y la población lacustre ofrece el gentío que puebla de continuo

ó en largas visitas la Albufera. Allí vemos gentes codiciosas y avarientas que van cegando la laguna para convertirla en arrozal. Luego son las bandas de segadores, doblados bajo el sol, sin otro alivio que la sombra fugaz de las velas de unos barquichuelos que transportan las gavillas granadas. Y muchos, muchos pobrecitos pescadores. Y los enfermos de *malaria*, y siluetas de vagabundos mansamente alucinados. Y hemos visto también desfiles reales entre el traqueteo de la fusilería alegre del cazar, so el vuelo maravilloso de miles de miles de aves de paso,

á la amanecida. Son las fúlicas, destinadas á añadir el matiz purpúreo de su sangre á los tornasoles del plumaje magnífico. Y aún no cesó el estruendo de Nemrod y los suyos, cuando sorprende el eco de unos coros báquicos en el pinar. Tribus alegres y dionisiacas se trasladaron desde la capital á celebrar merendolas al aire libre.

El *lluent*, en su amplitud clara y misteriosa, permanece ajeno al bullicio de sus flancos. Las naves, chatas y lúgubres, van y vienen á golpe de pértiga ó en alas de una lona henchida por el viento. No valen burlas con el *lluent*. Si una barca se vuelca, no hay salvación posible. El cieno profundo de unas varas sorbe al naufrago para no devolverlo jamás.



Barca pescadora, en uno de los canales de la Albufera

POTS. GÓMEZ DURÁN

LA LONJA DE LA SEDA

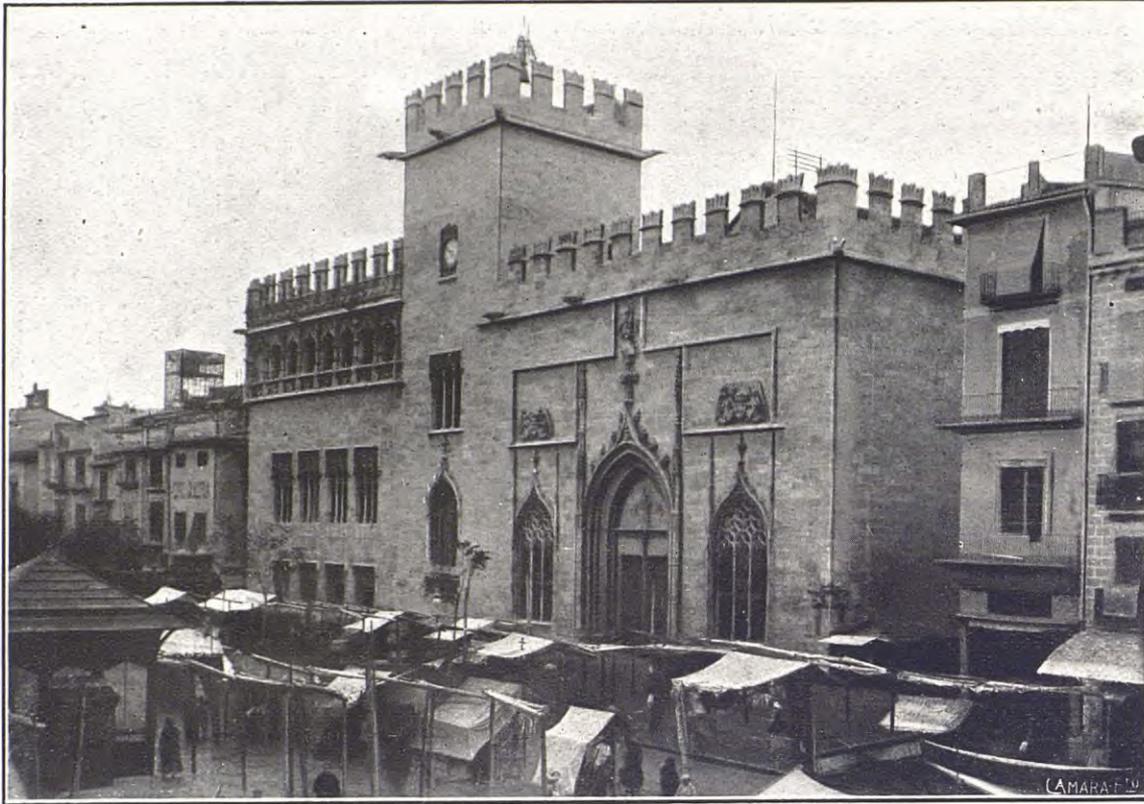
LA Lonja de la Seda... Yo os fío que, por sí sola, vale, merece y justifica un viaje... Otra urbe menos rica en atractivos de cielo y de suelo que ésta, bañada por las escasas ondas del Guadalaviar, se haría valer tan monumental edificio, el más bello, tal vez, de todos los suyos, con no escasear los muy hermosos...

La magnificencia y la gracia de su fábrica reflejan fielmente el alma insigne de aquel gran pueblo de artistas y de negociantes, próximos parientes espirituales de venecianos y florentinos del Renacimiento, y acreditan las palabras de Gracián: «Muy agradable, la alegre, florida y noble ciudad de Valencia, llena de todo lo que no es substancia...»

Nadie que viese su fachada principal creyera tan augusta obra arquitectónica erigida para la contratación de la seda, á fines del siglo xv, bajo el reinado de Fernando el Católico, recién constituida la unidad nacional.

Su original traza, no obstante ceñirse al estilo gótico, parece concebida por una inspiración morisca. Y así, al primer golpe de vista, en vez de creer este monumento, como cuenta la leyenda, asentado en el solar donde se levantó el albergue de Doña Ximena, diríasele, por lo menos, el propio y señorial nido de amor de Ruy Díaz de Vivar, soberbio alcázar arrancado al poder de un califa de altos ensueños y prodigiosas actividades...

Su gran puerta labrada, los suntuosos medallones del friso, las finas y atrevidas gárgolas, los pináculos ligeros, sus afiligranados ventanales, los majestuosos escudos, las severas y airosas almenas rematadas por coronas reales, no hablan de Hermes, sino de una de aquellas nobles mansiones de la Turena, semipalacios y semifortalezas, donde el Renacimiento,



Fachada principal de la Lonja de la Seda, en Valencia

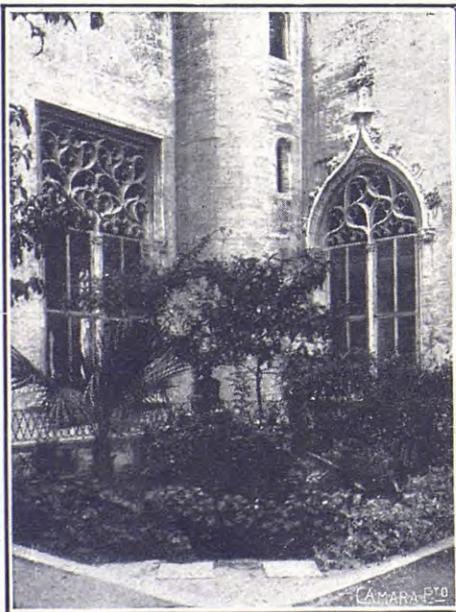
sobre la trama burda que tejiera la Edad Media, bordó las más delicadas y sutiles fantasías.

Y luego, en su interior, por poco espíritu poético que anime al visitante, pese al rumor de colmena laboriosa que los mercaderes levantan, no puede menos de sentir suspenso el ánimo y tembloroso de emoción todo su ser, ante aquel espléndido salón, de ciento veinte pies de largo, por ochenta de ancho y sesenta de alto, y contemplando las tres vastas naves que lo dividen, sostenidas por sus ocho columnas centrales y diez y seis laterales, adosadas á los muros, todas esbeltas y como construídas con los nervios todos de la ciudad retorcidos

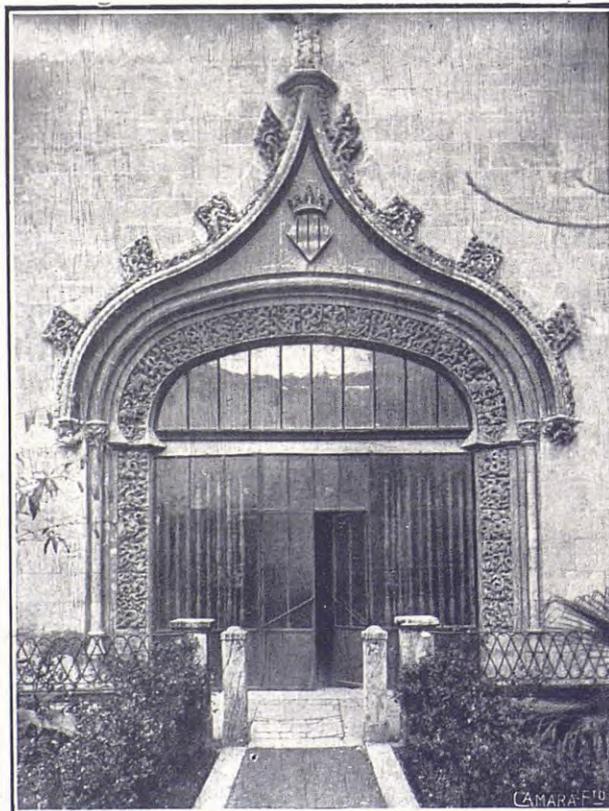
arriba y acometer grandes empresas lícitamente, humanamente, sin dejar á la materia sobreponerse al espíritu, y así se desprende de la inscripción que se lee en las alturas: «Excelente edificio: soy construído en 15 años. Frecuentado y utilizado, conciudadanos, puesto que bueno es el negocio en que no se usa falsedad en las palabras; en que se promete para pronto y no se falta, y en que no pasa el dinero con usura. El comerciante que así obra hará fortuna y después disfrutará de la vida eterna.»

¡Oh! La poesía de la Lonja... Recuerdo de mi infancia que le propuse al diablo la mitad de mi alma á cambio de una noche de luna en aquel salón maravilloso... No se me logró, y me he preguntado muchas veces cómo los valencianos, maestros en idear festivales, no han presentado la belleza, la poesía de un magno concierto vocal é instrumental á la luz de una luna de primavera, bajo aquellas grandiosas naves, perfumadas por tapices de flores...

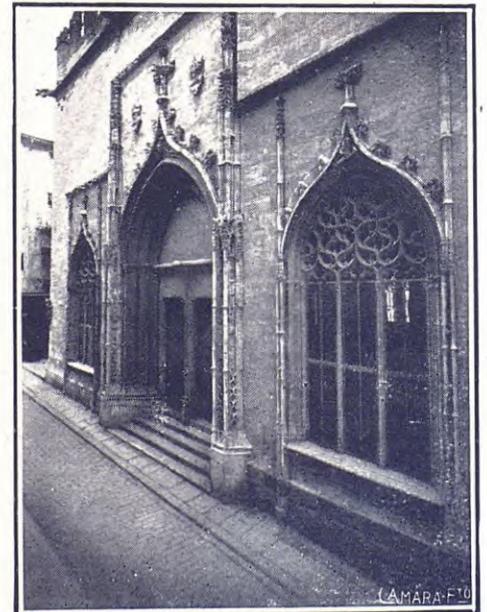
E. GONZÁLEZ FIOLE



Ventanas del patio

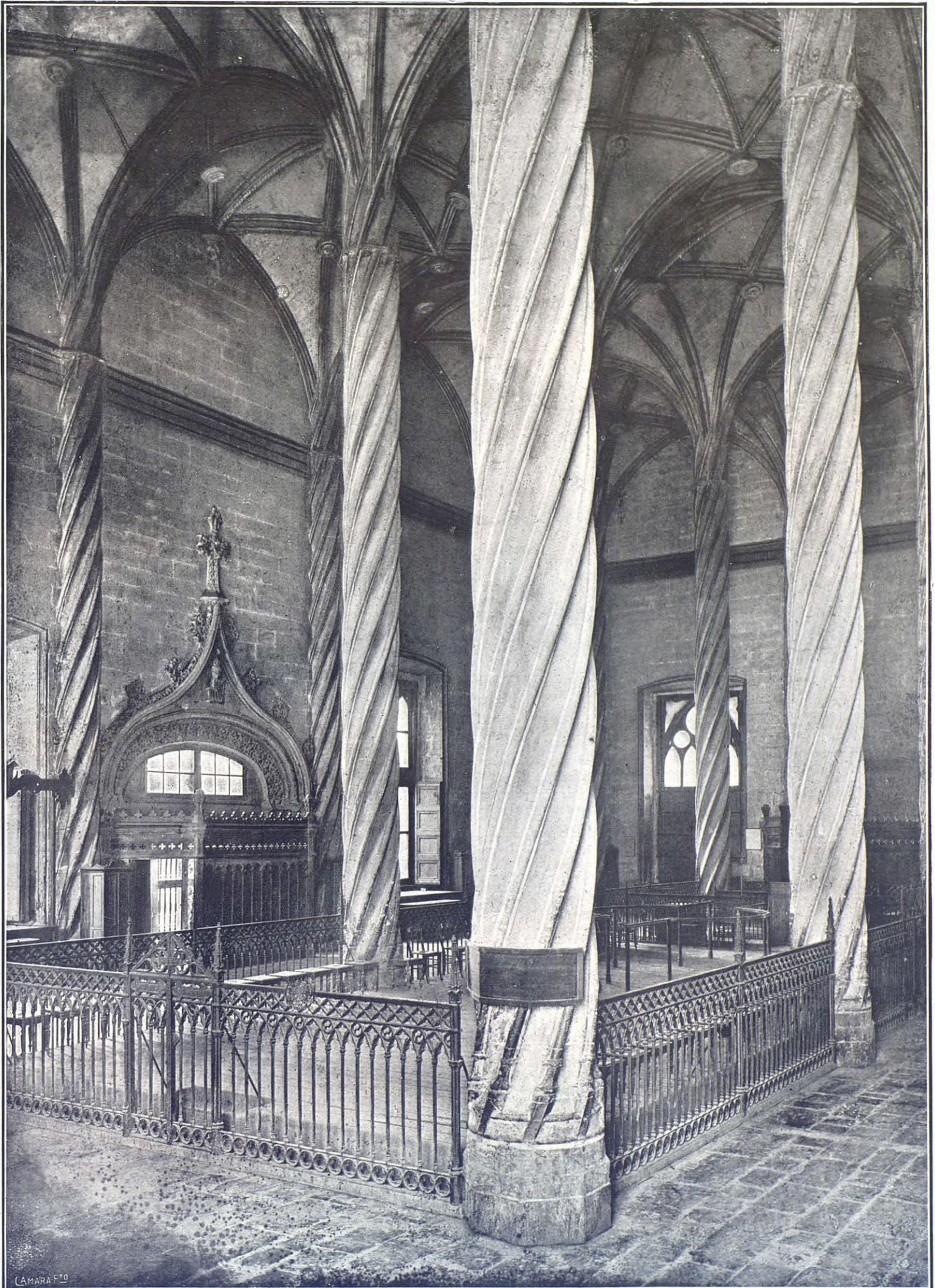


Puerta que da al jardín



Fachada posterior

FOTS. GÓMEZ DURÁN



INTERIOR DE LA LONJA DE LA SEDA, DE VALENCIA

FOT. GARCÍA

Cuentos Españoles

EL ÚLTIMO LEÓN

A PENAS se reunió la junta del respetable gremio de los blanquers en su capilla, inmediata á las torres de Serranos, el señor Vicente pidió la palabra. Era el más viejo de los curtidores de Valencia. Muchos maestros, siendo aprendices, le habían conocido igual que era ahora: con su bigote blanco en forma de cepillo, la cara hecha un sol de arrugas, los ojos agresivos y una delgadez esquelética, como si todo el jugo de su vida se hubiese perdido en el diario remojón de los pies y los brazos en las tinas del curtido.

El era el único representante de las glorias del gremio, el último superviviente de aquellos blanquers honra de la historia valenciana. Los nietos de sus antiguos camaradas se habían pervertido con el progreso de los tiempos: eran dueños de grandes fábricas, con centenares de obreros, pero se veían apurados si les obligaban á curtir una piel con sus manos blandas de comerciantes. Sólo él podía llamarse blanquer, trabajando diariamente en su casucha, cercana á la casa gremial; maestro y obrero á un tiempo, sin otros auxiliares que los hijos y los nietos; el taller á la antigua usanza, con un dulce ambiente de familia, sin amenazas de huelga ni disgustos por la cuantía de jornal.

Los siglos habían elevado el nivel de la calle, convirtiendo en cueva lóbrega la blanquería del señor Vicente. La puerta por donde entraban sus abuelos se había empequeñecido por abajo, hasta convertirse poco menos que en una ventana. Cinco escalones descendentes comunicaban la calle con el piso húmedo de la tenería, y en lo alto, junto á un arco ojivo, vestigio de la Valencia medioeval, ondeaban como banderas las pieles puestas á secar, esparciendo el insoportable hedor del curtido. El viejo no envidiaba á los modernos en sus despachos de comerciantes ricos. De seguro que se avergonzaban al pasar por su callejón y verle, á la hora del almuerzo, tomando el sol, arremangado de brazos y piernas, mostrando sus flacos miembros, teñidos de rojo, con el orgullo de una vejez fuerte que le permitía batallar diariamente con las pieles.

Valencia preparaba las fiestas del centenario de uno de sus santos famosos, y el gremio de los blanquers, como los otros gremios históricos, quería contribuir á ellas. El señor Vicente, con el prestigio de los años, impuso su voluntad á todos los maestros. Los blanquers debían quedar como lo que eran. Todas las glorias de su pasado, arrinconadas en la capilla, habían de figurar en la procesión. Ya era hora de que saliesen á la luz, ¡cordones! Y su mirada, vagando por la capilla, parecía acariciar las reliquias del gremio: los atabales del siglo XVI, grandes como tinajas, que guardaban en sus parches los ronclos clamores de la revolucionaria Alemania; el gran farolón de madera tallada, arrancado de la popa de una galera; el pendón de la blanquería, de seda roja, con bordados de un oro verdoso por los siglos.



Todo había de salir en las fiestas, sacudiendo la polilla del olvido; hasta el famoso león de los blanquers!

Los modernos prorrumpieron en una risa impía. ¿El león también?... Sí, también el león. Para el señor Vicente era una deshonra gremial tener olvidada á la gloriosa fiera. Los antiguos romances, las reuniones de fiestas que se guardaban en el archivo de la ciudad, los ancianos que habían alcanzado la buena época de los gremios con sus fraternales camaraderías, todos hablaban del león de los blanquers; pero nadie de ahora lo conocía, y esto significaba una vergüenza para el oficio, un robo á la ciudad.

Su león era una gloria tan respetable como la Lonja de la Seda ó el pozo de San Vicente. Bien adivinaba él la resistencia de los modernos. Temían cargar con el papel de león. ¡No tembléis, jóvenes! El, con su fardo de años, que pasaba de setenta, reclamaba este honor. Le pertenecía de derecho: su padre, su abuelo, sus innumerables tatarabuelos, todos habían sido leones, y él sentíase capaz de ir á las manos con los que intentasen disputarle el cargo de fiera, tradicional en su familia.

¡Con qué entusiasmo narraba el señor Vicente la historia del león y de los heroicos blanquers! Un día los piratas berberiscos de Bujía desembarcaban en Torreblanca, más allá de Castellón, y robaban la iglesia, llevándose la custodia. Era esto poco antes de los tiempos de San Vicente Ferrer, pues el entusiasta curtidor no tenía otro medio de explicar la historia que dividiéndola en dos períodos: antes y después del Santo... La gente, que apenas si se conmovía con los frecuentes desembarcos de piratas, enterándose como de una desgracia inevitable del rapto de muchachas pálidas, de negros ojazos, y de chiquelos rollizos, con destino al harén, prorrumpió

en un alarido de dolor al conocer el sacrilegio de Torreblanca.

Las iglesias de la ciudad se cubrieron de paños negros; las gentes andaban por las calles aullando de dolor, golpeándose con disciplinas. ¿Qué estarían haciendo aquellos perros con la hostia bendita? ¿Qué sería de la pobre é indefensa custodia?... Entonces fué cuando los valientes blanquers entraron en escena. ¿No estaba la custodia en Bujía? ¿Pues á Bujía por ella! Razonaban como héroes acostumbrados á zurrar diariamente las pieles, y no veían inconveniente en zurrar á los enemigos de Dios. Armaron por su cuenta una galera, metióse en ella todo el oficio, con su vistoso pendón, y los otros gremios, y la ciudad entera, siguieron el ejemplo, fletando otros buques.

El señor Justicia despojóse de la gramalla roja para cubrirse de hierro de pies á cabeza; los señores regidores abandonaron los bancos de la Cámara dorada, abroquelando sus panzas con escamas relucientes como las de los pescados del golfo; los cien ballesteros de la Pluma, que escoltaban á la Señora, llenaron de flechas

sus aljabas, y los judíos del barrio de la Xedrea hicieron magníficos negocios vendiendo todo su hierro viejo, sin perdonar lanza roma, espada mellada ó coselete herrumbroso, á cambio de buenas y sonoras piezas de plata.

Y allá van las galeras valencianas, con las veias jibosas por el viento, escoltadas por un tropel de delfines, que jugueteaban en la espuma de sus proas!... Cuando los moros las vieron de cerca, echáronse á temblar, arrepentidos de su irreverencia con la custodia, y eso que eran unos perros de entraña dura. ¿Valencianos, y llevando al frente á los animosos blanquers? ¡Cualquiera les hacía cara!

La batalla duró varios días con sus noches, según el relato del señor Vicente. Llegaban nuevas remesas de moros; pero los valencianos, devotos y fieros, ¡mata que mata!; y comenzaban ya á sentirse fatigados de tanto despanzurrar infieles, cuando cádate que de una montaña vecina baja un león andando sobre sus patas traseras, como una persona decente, y llevando con gran reverencia en las delanteras la ansiada custodia, la custodia robada de Torreblanca. La fiera la entregó ceremoniosamente á uno de los blanquers, seguramente á un abuelo del señor Vicente, y así se explicaba éste que su familia guardase durante siglos el honor de representar al amable animal en las procesiones de Valencia.

Después sacudió la melena, dió un rugido, y á este quiero y al otro también, á zarpadas y mordiscos, en un instante limpió el campo de morisma.

Los valencianos volvieron á embarcarse, llevando la custodia como un trofeo. El prior de los blanquers saludó al león, ofreciéndole cortésmente la casa gremial, junto á las torres de Serranos, que podía considerar como suya. Muchas gracias; la fiera estaba acostumbrada al sol

de Africa y temía los cambios de temperatura.

Pero el oficio no era ingrato; y para perpetuar el buen recuerdo del amigo con melenas que tenía al otro lado del mar, siempre que en las fiestas de Valencia salía la bandera de los blanquers, marchaba tras ella un abuelo del señor Vicente, al son de los tambores, cubierto de pellejos, con una carátula que era el vivo retrato del respetable león, y llevando en las manos una custodia de madera, pobre y mezquina, que hacía dudar del valor intrínseco de la de Torreblanca.

Gentes aviesas é irrespetuosas osaban afirmar que todo era mentira en aquel suceso, con gran indignación del señor Vicente. ¡Envidias! ¡Mala voluntad de los otros oficios, que no podían ostentar una historia tan gloriosa! Allí estaba como prueba la capilla gremial, y en ella el farol de popa de la nave, que los maliciosos sin conciencia afirmaban que era de muchos siglos después, y los atabales del gremio, y la gloriosa bandera, y las pieles apollilladas del león de los blanquers, en las que se habían enfundado todos sus antecesores, olvidadas ahora detrás del altar, bajo las telarañas y el polvo, pero que no por eso dejaban de ser tan respetables y verídicas como los sillares del Miguelete.

Y sobre todo estaba su fe, ardiente, incontradecible, capaz de acoger como una ofensa de familia la más leve irreverencia contra el león africano, ilustre amigo del gremio.

La procesión se verificó en una tarde de Junio. Los hijos, las nueras y los nietos del señor Vicente le ayudaron á embutirse en el traje de león, sudando angustiados con sólo el contacto de aquellas lanas teñidas de rojo. «Padre, que se va usted á asar.» «Abuelo, derretirá dentro de ese uniforme.»

Pero el viejo, insensible á las advertencias de la familia, agitaba con orgullo las apollilladas melenas, pensando en sus ascendientes, y se probaba la terrorífica carátula, un embudo de cartón que imitaba, con un parecido remoto, las mandíbulas de la fiera.

¡Qué tarde de triunfos! Las calles, repletas de gente; los balcones, adornados con tapiques, y sobre ellos filas de sombrillas multicolores, defendiendo del sol las caras bonitas; el suelo cubierto de mirto y arrayán, una alfombra verde y olorosa, cuyo perfume parecía ensanchar los pulmones.

Abrían la marcha los banderolas, con barbas de cáñamo, corona mural y dalmáticas listadas, llevando en alto los valencianos estandartes con enormes murciélagos y tamañas LL junto al escudo; después, al son de las dulzainas, trotaban las comparsas de indios bravos, pastorcillos de Belén, catalanes y mallorquines; luego pasaban los enanos con monstruosas cabezotas, repiqueando las castañuelas al compás de una marcha morisca; tras ellos los gigantes del Corpus, y por fin, las banderas de los gremios: una fila interminable de banderas rojas, obscurecidas por los años, y tan altas, que los santirulicos de sus remates sobrepasaban los primeros pisos.

¡Plom! ¡Retoplom!, gruñían los tambores de los blanquers, instrumentos de una sonoridad bárbara, tan grande, que con su peso hacían marchar encorvados á los que golpeaban sus parches. ¡Plom! ¡Retoplom!, sonaban roncros, amenazadores, con salvaje gravedad, como si aún marcasen el paso de los tercios revolucionarios de las Germanías, saliendo al encuentro del joven,

caudillo del Emperador, aquel D. Juan de Aragón, duque de Segorbe, que sirvió á Víctor Hugo de modelo para el romántico personaje de Hernani. ¡Plom! ¡Retoplom! La gente corría, se empujaba para ver mejor el paso de los blanquers, prorrumpiendo en risas y gritos. ¡Qué era aquello? ¡Un mono?... ¡Un salvaje?... ¡Ay! La fe del pasado hacía reír.

Los jóvenes del oficio, despechugados y en mangas de camisa, llevaban por turno la pesada bandera, haciendo suertes de equilibrio, sosteniéndola en la palma de una mano ó sobre los dientes, al compás de los redobles.

Los maestros ricos llevaban los cordones de honor, las bridas de la bandera, y detrás de ellos marchaba el león, el glorioso león de los blanquers, que ya nadie conocía; y no marchaba de cualquier modo, sino dignamente, como lo aconsejaban las venerables tradiciones, como el señor Vicente había visto marchar á su padre, y éste al abuelo: siguiendo el ritmo de los tambores, haciendo una reverencia á cada paso, tan pronto á la derecha como á la izquierda, agitando la custodia á guisa de abanico, como una fiera cortés y bien criada que sabe los respetos debidos al público.

Los labriegos venidos á la fiesta abrían los ojos con asombro; las madres le señalaban con un dedo para que se fijasen en él sus chiquitines; pero éstos, enfurruñados, se abrazaban á sus cuellos, ocultando la cabeza para soltar lagrimones de terror.

Cuando la bandera hacía un alto, el glorioso león defendiase con las patas traseras de la nube irrespetuosa de pilletes que le rodeaba, intentando arrancar algunas guedejas de su apollillada melena. Otras veces la fiera miraba á los balcones para saludar con la custodia á las muchachas bonitas, que se reían del mamarracho. Hacía bien el señor Vicente: por muy león que se sea, hay que mostrarse galante con el bello sexo.

El público abanicábase para encontrar una frescura momentánea en la ardorosa atmósfera; los horchateros iban entre la muchedumbre pro-

Los del oficio aproximábanse á él con gesto zumbón:

—¿Cóm va aixó, so Visént?

Y el so Visént rugía indignado desde el fondo de su embudo de cartón. ¿Cómo había de ir? Muy bien; él era capaz de seguir dentro de sus lanas, sin faltar al papel, aunque la procesión durase tres días. Eso de cansarse era para los jóvenes. E irguiéndose á impulsos del orgullo, continuaba haciendo la reverencia y marcando el paso con el vaivén de su custodia de palo.

Tres horas duró el desfile. Cuando el pendón del oficio volvió á la catedral, comenzaba á anochecer.

¡Plom! ¡Retoplom! La gloriosa bandera de los blanquers volvía á su casa gremial detrás de los tambores. El arrayán de las calles había desaparecido bajo el paso de la procesión. Ahora el suelo estaba cubierto de gotas de cera, hojas de rosa y chispas de talco. El litúrgico perfume del incienso flotaba en el ambiente. ¡Plom! ¡Retoplom! Los tambores estaban cansados; los chavales, forzudos portadores de la bandera, jadeaban, sin ganas ya de intentar proezas de equilibrio; los respetables maestros agarrábanse á los cordones del pendón, como si éste les remolcase, quejándose de las botas nuevas y de sus juanetes; pero el león, el fatigado león (¡ah fiera fanfarrona!), que á veces parecía próximo á tenderse en el suelo, todavía se encabritaba para asustar al paso con un rugido á los matrimonios burgueses que tiraban de una ristra de chiquillos deslumbrados por la procesión.

¡Mentira! ¡Pura fachenda! El señor Vicente sabía cómo se encontraba dentro de sus pieles. Pero á nadie obligan á hacer de fiera, y el que se presta á ser león debe serlo hasta el fin.

En su casa, al caer sobre el sofá como un fardo de lanas, le rodearon hijos, nueras y nietos, apresurándose á despojarle de la carátula. Apenas reconocieron su cara, congestionada y roja, que parecía manar agua por todos los surcos de sus arrugas.

Intentaron quitarle las lanas; pero otra cosa

le urgía á la fiera, pidiéndola con voz sofocada. Quería beber; se asfixiaba de calor. Inútil fué que la familia protestase, hablando de enfermedades. ¡Cordones! El necesitaba beber en seguida. ¡Y quién osa resistir á un león enfurecido?...

Le trajeron del café más cercano un mantecado en copita azul: un mantecado valenciano, de melosa dulzura é intenso perfume, destilando gotas de zumo blanco de su torcida caperuza.

¡Pero mantecaditos á un león!

¡Haaam! Se lo tragó de golpe, ¡y como si nada! La sed, el calor, le agobiaban de nuevo, y rugía pidiendo otros refrescos.

La familia, por economía, pensó en la horchata de un cafetín cercano. A ver, que le trajesen un jarro lleno. Y el señor Vicente bebió y bebió hasta que fué innecesario quitarle las pieles. ¡Para qué? Una pulmonía doble acabó con él en

pocas horas. El glorioso y peludo uniforme de la familia le sirvió de mortaja.

Así murió el león de los blanquers: el último león de Valencia.

Y es que la horchata resulta mortal para las fieras... ¡Veneno puro!

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

DIBUJOS DE VICENTE CARRERES



EL MUSEO DE BELLAS ARTES DE VALENCIA
PINTORES VALENCIANOS DE LOS SIGLOS XIV AL XVII



Retablo de Bonifacio Ferrer (Año 1400)



"La Anunciación", tablas del año 1452



"El Juicio final", retablo valenciano de 1430

PUEDEN clasificarse el Museo de Valencia, por las obras en él expuestas, entre los primeros de España. Recorriendo sus veintidós salas y galerías, cabe estudiar toda la evolución histórica de la pintura valenciana. Y es también, en este concepto, el Museo más completo. Las series pictóricas comienzan con las obras de los maestros, anónimas muchas de ellas, educados en el arte trecentista, para llegar, en sistemática relación, hasta los maestros modernos López, Martínez Cubells, Américo, Domingo, Muñoz Degraín, Benlliure, Pinazo, Sorolla y Benedito, por citar algunos de los que han ilustrado la famosa escuela valentina.

Seis siglos de producción pictórica, representada por obras interesantes, en el doble concepto de documentos de arte y de historia, bien merece un pequeño recuerdo en estas páginas consagradas a los pintores de los siglos XIV al XVII, representados en la Pinacoteca valenciana.

No toda esa producción responde a idéntica modalidad técnica y espiritual. En los maestros del siglo XIV,

que en Valencia corresponden cronológicamente al período de Don Martín el Humano, la nota característica consiste en el paso de la pintura estática, hierática, a la memorable aplicación de la acción dramática, alimentada, entre otras fuentes de inspiración, por las tesis teológicas, la emulación de las órdenes monacales, la *Leyenda Aurea*, de Voragine, basada en los Evangelios apócrifos, y el drama religioso ó litúrgico, en forma de misterios y entremeses, representado en los claustros de las iglesias y en las plazas de las urbes medioevales. Como obras típicas, inconfundibles, de un arte tan rico en episodios, cuenta el Museo de Valencia, entre varios, con dos retablos: el llamado de Bonifacio Ferrer, pintado de 1396 a 1398, ejemplar singularísimo en la serie de los de tesis teológica, y el de la *Historia de la Santa Cruz*, del año 1408.

El primero es, por su composición, un verdadero tratado de Teología dogmática, y por su técnica, la obra más notable que de igual período se conserva en España. El asunto principal consiste en la *Crucifixión*.

El autor de esta joya de la pintura valenciana no consta de un modo positivo; pero nosotros, por razones que no son del caso exponer aquí, la atribuimos a Lorenzo Zaragoza, el cual traba-

ja en Valencia antes de 1634 y fallece después de 1402.

El segundo retablo, la *Historia de la Cruz*, es otra de las obras dignas de recordarse en esta breve reseña. Fué pintada, alrededor de 1400 por *Pere Nicolau* (Pedro Nicolás), maestro que hemos reconstituido, despojándole de la nota de anónimo.

Con esas dos obras cerramos el período primitivo de la pintura valenciana. Sigue ahora otro período de renovación: el de Alfonso V de Aragón, el conquistador de Nápoles. Desarróllase bajo la directa influencia de aquel esplendoroso Renacimiento de cultura artística que tiene asiento en la Corte de los duques de Borgoña, donde brilla la colosal figura de Juan Van Eyck (1370-1440). El novísimo arte dejó profundas huellas en la Corte de Alfonso V, gran admirador del pintor de Brujas. Por encargo suyo va a la ciudad flamenca el pintor valenciano Luis Dalmau. El resultado de este viaje se ve en la tabla del Museo de Barcelona titulada *Els consellers* (Los consejeros), primera



"Retrato del Padre Mos", por Jerónimo Jacinto de Espinosa



"La Adoración de los Reyes", obra anónima de 1485



"San Bruno", cuadro de Francisco Ribalta



"Los desposorios místicos del venerable Agnesio", cuadro de Juan de Juanes

manifestación del arte eyciano que llega á España, cuando aún no era conocido en Francia, Alemania é Italia.

Deriva de esa corriente flamenquista una modificación en el arte valenciano, representada por Jaime Basó, apodado *Jacomart*, pintor áulico de Alfonso el Magnánimo, y cuya actuación pictórica se desenvuelve de 1429 á 1461. Fué *Jacomart* uno de los más ilustres maestros del siglo XV y de eficaz influencia sobre el arte levantino, llegando hasta Sicilia y Nápoles, según hemos demostrado en otra ocasión.

Florecen, dentro del anterior período, varios maestros derivados del arte de *Jacomart*, y entre ellos señalamos al autor del retablo *El Juicio final*, obra de 1455, en donde se ve el desnudo en forma no usada antes por el arte valenciano, y *La Adoración de los Reyes*, de 1445, también de autor anónimo.

Las últimas manifestaciones del arte flamenco

valenciano coinciden con los albores del Renacimiento italiano en Valencia. Inician esta nueva corriente los prelados de la familia valenciana de los Borjas, figurando á la cabeza el cardenal Don Rodrigo, más tarde elevado al solio pontificio con el nombre de Alejandro VI. Recomendado por éste, llega á la ciudad del Turia un pintor italiano, llamado Paulo de San Leocadio, con el encargo de pintar al fresco el presbiterio de la catedral. Pereció esta obra; pero la influencia del maestro, ya valencianizado, podemos verla en una pequeña *Sagrada Familia*, de elegante perspectiva.

Otra derivación del propio arte italiano ejerce avasalladora influencia. Los innovadores son dos artistas españoles que habían trabajado en Italia: los manchegos Fernando de los Llanos y Fernando de Almedina (en Valencia desde 1505 á 1514). Fueron estos dos maestros los que pintaron las celebradas puertas del altar mayor de la catedral; pero la nota específica de su labor consiste en haber propagado en Valencia el arte derivado de Leonardo de Vinci, más propiamente dicho: la escuela milanesa.

Fórmase en esa corriente estilística varios de los maestros que florecen en el siglo XVI, todos ellos vívidos resplandores del Renacimiento. Uno solo citaremos: Vicente Juan Masip, conocido por *Juan de Juanes* (1500-1579). En él se vincula la más alta expresión mística de la pintura valenciana, como puede verse en la preciosa tabla *Los desposorios místicos del venerable Agnesio con Santa Inés*. A fines del siglo XVI, la pintura valenciana, como la de otros centros pictóricos de España, evoluciona hacia el naturalismo. Esta segunda manifestación se caracteriza por el arte expresivo del insigne Francisco Ribalta (1551-1628), maestro de su hijo Juan y de Ribera, *el Spagnoletto*.

Acentúase esa modalidad artística por la familia de los Espinosas, la cual encarna en

la figura de Jerónimo Jacinto de Espinosa (1600-1667). Por su padre Jerónimo Rodríguez de Espinosa (1562-1634), se enlaza la escuela valenciana con la castellana de igual período y estilo.

El hijo, poco conocido fuera de Valencia, fué el más celebrado de la familia, y su actuación en el arte local es idéntica á la de Velázquez en la escuela madrileña, y á la de Zurbarán en Castilla y Andalucía.

Con Espinosa se extinguió la gran escuela valenciana, siguiendo el camino trazado por el manierismo, el cual rompe la tradición del arte nacional. Por fortuna, renacerá vigorosa en las postrimerías del siglo XVIII, en Goya, por ejemplo, para continuar, con vitalidad consoladora, hasta el día.

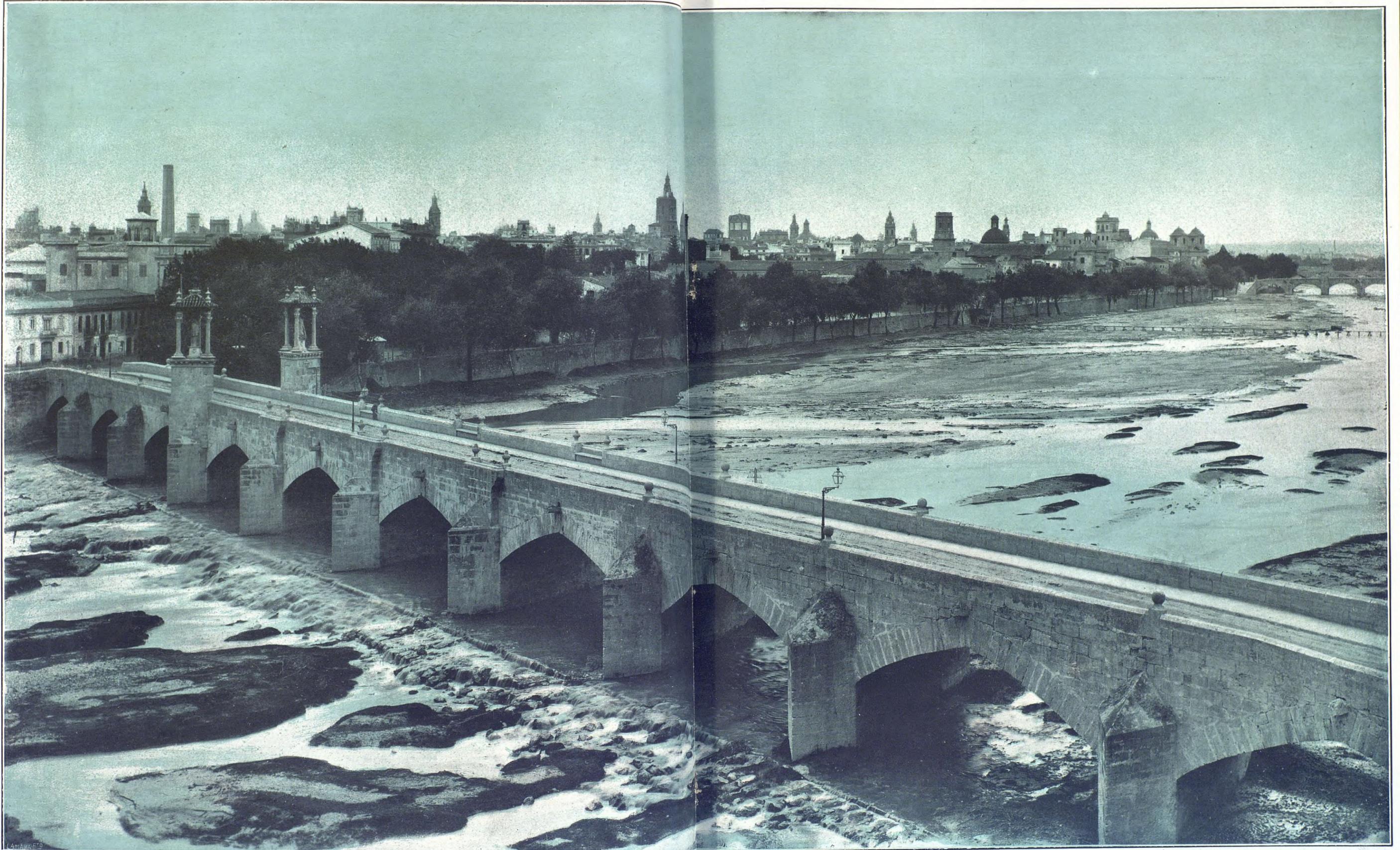
LUIS TRAMOYERES BLASCO
Director del Museo de Valencia



"La comunión de la Magdalena" (Año 1665)



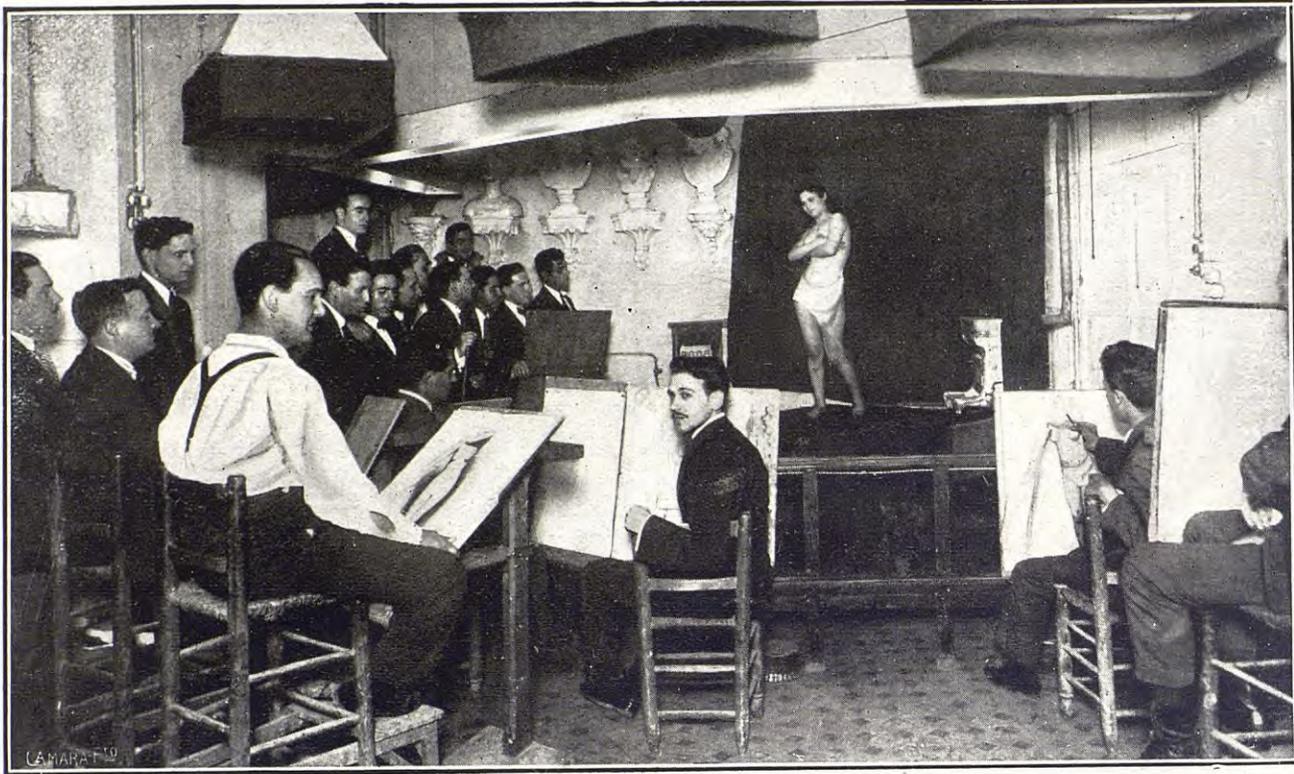
"Sagrada Familia", por Pablo Leocadio (Siglo XVI)



PINTORESCA VISTA DE VALENCIA, TOMADA DESDE UNA DE LAS MÁRGENES DEL TURIA, VIÉNDOSE, EN PRIMER TÉRMINO, EL PUENTE DEL MAR

Foto: García

EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES
Y LA VIDA ARTÍSTICA DE VALENCIA



Clase de dibujo del Círculo de Bellas Artes

FOT. GÓMEZ DURÁN

La vida corporativa artística de Valencia no existe, parte de la que se realiza en la histórica Real Academia de San Carlos, más que en el Círculo de Bellas Artes y en cierta agrupación de elementos jóvenes que desarrolla sus actividades con cierto paralelismo á la de aquél.

Caracterizó siempre á los artistas valencianos un exagerado individualismo. Esta característica se tradujo naturalmente en una falta de cohesión, de hermandad, que dió buenos resultados en cuanto á las realidades del Arte. Nada más interesante que el cultivo de la personalidad; sin ella, el artista deja de serlo, para convertirse en un vulgar *repetidor*; mas, sin perjuicio de mantenerse en esta modalidad, las modernas corrientes de la vida imponen la vida corporativa como necesaria para la consecución de los fines colectivos, y ello hizo que, hace muchos años, un grupo de artistas jóvenes, unidos fraternalmente con los maestros,

fundaran el Círculo de Bellas Artes. Fué la vida del Círculo modesta en su organización. Su Casa anduvo escondida por viejos rincones de la ciudad, por los que abundaban en aquel entonces caserones amplios y de cierto carácter que les hacían interesantes.

A la modesta instalación correspondió una

ción de esculturas clásicas; se dibujan y pintan modelos vivos, y cuando llegan los días soleados de la primavera, los socios adscritos á esta Sección, jóvenes casi todos, tienen modelo al aire libre en nuestros hermosos jardines, teniendo por fondos las flores y los verdes, con sus variados matices.

Más tarde, cuando los vientos lo permiten, en la playa, á orillas del mar latino, del Mare Nostrum, colocan sus modelos, viejos pescadores ó jóvenes pescaderas cuyos vestidos ondea el beso de las brisas cálidas de nuestra Riviere.

Los escultores tienen su taller fuera de la Casa, en excelentes condiciones, con buenos modelos que paga el Círculo, y la excelente labor de pintores, dibujantes y escultores, se pone de manifiesto todos los años con motivo de las exposiciones de los trabajos realizados, trabajos que son premiados con largueza, estímulo necesario para quienes generalmente, con la mayor modestia económica, luchan en artes tan



Cuadro de Muñoz Degraín, propiedad del Círculo de Bellas Artes

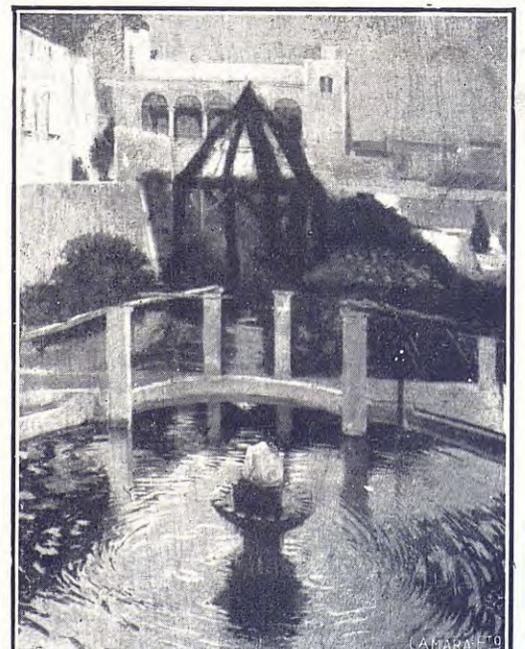
espléndida manifestación de cultura, que se tradujo en la calle con la realización de espléndidos festejos: cabalgatas, mascaradas realizadas con escasos elementos económicos y, sin embargo, de una riqueza imponderable y de un buen gusto extraordinario. Artistas y amigos del Arte tomaron parte en los festejos, no sólo ya como organizadores, sino como actores, y eran de ver aquellos tipos admirablemente caracterizados y vestidos que pasearon por nuestras calles entre la efusiva admiración de Valencia.

Aquellos prestigios elevaron al Círculo á tal altura que, á pesar de una pobre vida económica, púdose acometer la empresa de instalarlo á gran lujo en una de las mejores vías de la ciudad, y hoy es la Casa de los artistas un gran Casino, en el cual, sin embargo, no se ha perdido aquel aroma de arte que cristalizó en sus comienzos.

Sostiene una Academia libre, en la cual, de noche, se dibujan yesos de una notable colec-



Cuadro de D. Joaquín Agrasot, propiedad del Círculo de Bellas Artes



Cuadro de Santiago Rusiñol, propiedad del Círculo de Bellas Artes

difíciles como costosas.

En el mes de las flores, cuando nuestras vegas se matizan de gamas esplendentes, y las jóvenes que les disputan fragancia y hermosura pasean sus gráciles cuerpos por nuestro Coso, el Círculo realiza la Exposición de «Mujeres y Flores», llevando á sus salones el trasunto de vida eternamente renovadora.

La música tiene en el Círculo un culto extraordinario; los conciertos de Cuaresma se dan en los mejores teatros á precios reducidísimos.

Por el salón de actos pasa todo gran artista ó literato que á Valencia llega. En él es acogida toda manifestación de cultura, y de aquí los altos prestigios de esta entidad, creada por el esfuerzo de unos pocos y mantenida hoy por el entusiasmo de todos los que aman el Arte.

No queremos dejar de citar un hecho que honra al Círculo: Recientemente, la Diputación provincial, que sostenía desde hace muchos años una pensión para pintura y otra para escultura, con pretextos más ó menos especiosos las suprimió, y el Círculo tiene acordado, y va á llevarse á la práctica, la creación de las pensiones suprimidas, pagándolas de sus fondos.

Y, por último, habremos de hablar de algo que tiene un enorme interés para el Arte español. Valencia, que está llamada á ser para España lo que Venecia es para Italia, carece de un local,



Junta directiva del Círculo de Bellas Artes de Valencia, que preside D. Félix Azzatí FOT. GÓMEZ DURÁN

ni siquiera mediano, en el cual instalar Exposiciones. Ello hace que aquí no haya mercado para nuestros artistas, los que tienen que emigrar, para buscar en otras tierras la compensación material para sus trabajos. En el año 1909 se pensó construir un Palacio de Bellas Artes en el cual pudieran instalarse concursos nacionales é internacionales; mas aquella iniciativa durmió hasta el pasado año, en el cual se verificó, en el Círculo, una magna Asamblea presidida por los maestros José Benlliure, Joaquín Sorolla, Ignacio Pinazo y Joaquín Agrasot, en la que acordóse construir dicho Palacio, y para la realización del proyecto, siguiendo al

mente está preparada para ser la Venecia española, y seguramente lo será.

Aquí, cuando tengamos ese gran Palacio, tan inmenso como bello, de clásica silueta, de líneas tranquilas, podremos organizar grandes concursos de artes y de industrias, sumando ambos intereses precisos á la vida de los pueblos, pues jamás un pueblo pobre puede mantener á los genios que embellecen la vida, reproduciéndola en mármoles y lienzos.

J. MANAUT NOGUÉS

Valencia, Junio 1917

ANTONIO PEYRÓ MEZQUITA

Ha aquí un gran artista. Dotado de espléndido talento, de férrea voluntad, de enciclopédica cultura y de una larga y concienzuda preparación, ha sabido amalgamar bellamente el Arte y la Industria y dar á Valencia el cetro de las artes decorativas. Su obra es tanta, tan varia y tan importante, que ha de influir poderosamente, está influyendo ya, en el arte decorativo de toda España. Su triunfo es definitivo en el cincelado en joyería, en el grabado en madera, en el pirograbado y en el forjado del hierro, arte para el cual ha resuelto problemas que sólo se conocían en teorías irrealizables para la industria, y así, el progreso de la ebanistería, por ejemplo, en Valencia, ha recibido un enorme impulso al ser influido de la elegancia, de la originalidad y de la belleza del numen de Peyró.



Jarrito Renacimiento italiano



«Maja goyesca», escultura de Peyró

desde una lámpara de arte moderno hasta unos morrillos de chimenea estilo gótico del siglo xv y una arquilla de los mismos estilo y época, son maravillosas obras de reconstrucción; su hermosa colección de alhajas cinceladas y repujadas en plata y oro; sus frisos para salones, comedores, recibimientos y dormitorios; sus muebles con aplicaciones de metal de estilo inglés, Imperio, alemán y otros, toda su obra, en fin, ha llevado grandes adelantos á las artes industriales y decorativas y dado á Valencia la maestría en ellas.

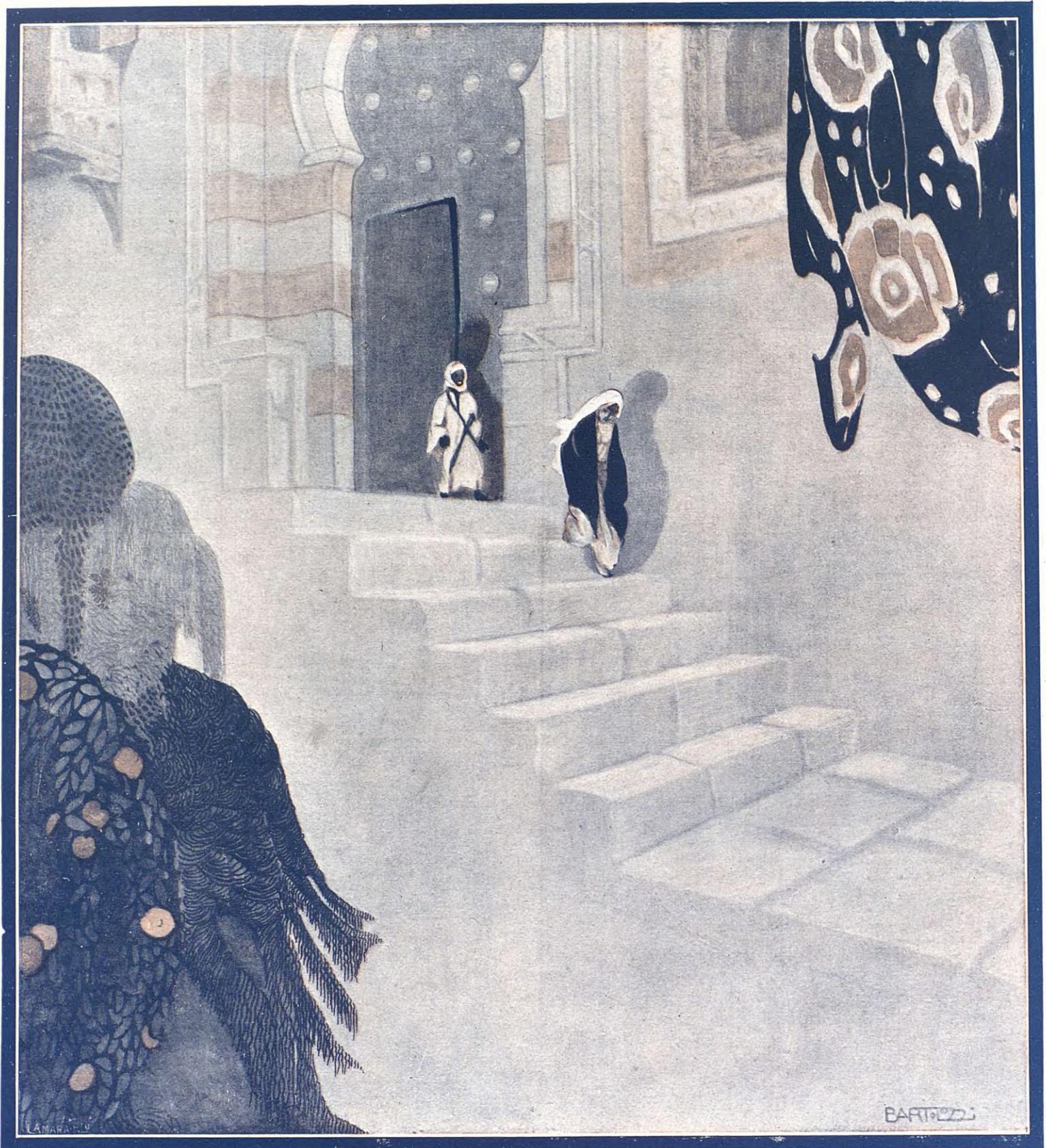
La Diputación provincial de Castellón de la Plana y la bienhechora dama doña Concepción Escobedo, viuda de Mayans, que pensionaron al artista en los albores de su juventud para que, primero en Valencia y luego en Madrid, completase la educación de su precoz temperamento artístico, debieron sentirse satisfechas poco ha, cuando en la última Exposición celebrada por él en Valencia, la crítica con sus elogios y el público comprando las obras allí presentadas, elevaban el prestigio de Antonio Peyró y Mezquita á la altura de los consagrados por la Fama.

En la memoria de cuantos visitaron aquella Exposición quedó para siempre el recuerdo de las joyas de arte industrial y decorativo, obra de aquel ilustre artista.



Reproducción de una copa romana

LA MORISCA DE VALENCIA



Los pendones castellanos
en las mezquitas ondean;
triunfante, con su mesnada,
el Cid ha entrado en Valencia.
La fama del de Vivar
repiten todas las lenguas,
que si es con los hombres duro,
es galán con las doncellas.
Zoraida, la noble mora,
está en lágrimas deshecha,
que ella adora á Aliatar
y hoy al vencedor la entregan.
Que ebria de sangre y victoria
reclama la soldadesca
tributo de plata y oro
para su flaca gaveta,
y para barraganía
las más gentiles doncellas.

Zoraida solloza en tanto
que sus criadas la peinan.
—Al caballero cristiano
deslumbrará tu belleza.
—Se lleva la flor más pura
de los huertos de Valencia.
—¡Malhaya de mi donaire!
¡Malhaya, que así me lleva
al capitán enemigo
como una nupcial ofrenda!—
Como las alas del cuervo
negras son sus largas trenzas;
sus ojos, aunque están tristes,
son de extremada belleza.
Para las trágicas nupcias
ya está Zoraida dispuesta,
y va llorando hilo á hilo
como una dulce cordera.

Un hidalgo de Castilla,
soñador como un poeta,
anda, al claro de la luna,
por las torcidas callejas.
Viendo llegar á la mora,
galán, el paso le deja,
y con el puño en la espada
pregunta y ella contesta.
—¿A dónde va la más linda
de las mozas de Valencia?
—Voy, porque Alá así lo quiso,
al dolor y á la vergüenza;
que amando al moro Aliatar,
voy, porque el Cid lo desea,
á pagar con mis caricias
los tributos de la guerra.
—¡Miente quien dijo que el Cid
haga fuerza á las doncellas!

Allá, en tierras de Castilla,
le está aguardando Ximena,
que es la doncella más casta,
de más preclara belleza.
Por Ximena y por la cruz
de mi espada, libre quedas.
Dile al galán á quien amas
cómo el Cid tu amor respeta,
que si es con los hombres bravo
y es de hierro en la pelea,
ante una mujer que llora,
su duro pecho es de cera.

Y hasta el umbral de su casa,
para que nadie la ofenda,
llevó al Cid como escudero
la morisca de Valencia.



BRUJERÍAS...

HUBO un tiempo en que todas las valencianas semejaban vivir á la Luna de Valencia. Porque ninguna había que no fuese pálida. Entonces, *Figaro*, desde París, suspiraba por la vuelta á España, y una de sus nostalgias consistía en la lividez de las mujeres valentinas. Y tenía que ser el más romántico de los románticos, quien se enamorase de la blancura de las odaliscas bautizadas, ya que el evocado albor, con los matices del marfil, la camelia, el nácar, el arroz y las magnolias, daba á la belleza carnal un espíritu mezclado de anhelo y de resignación, alucinaba el cuerpo de rosas

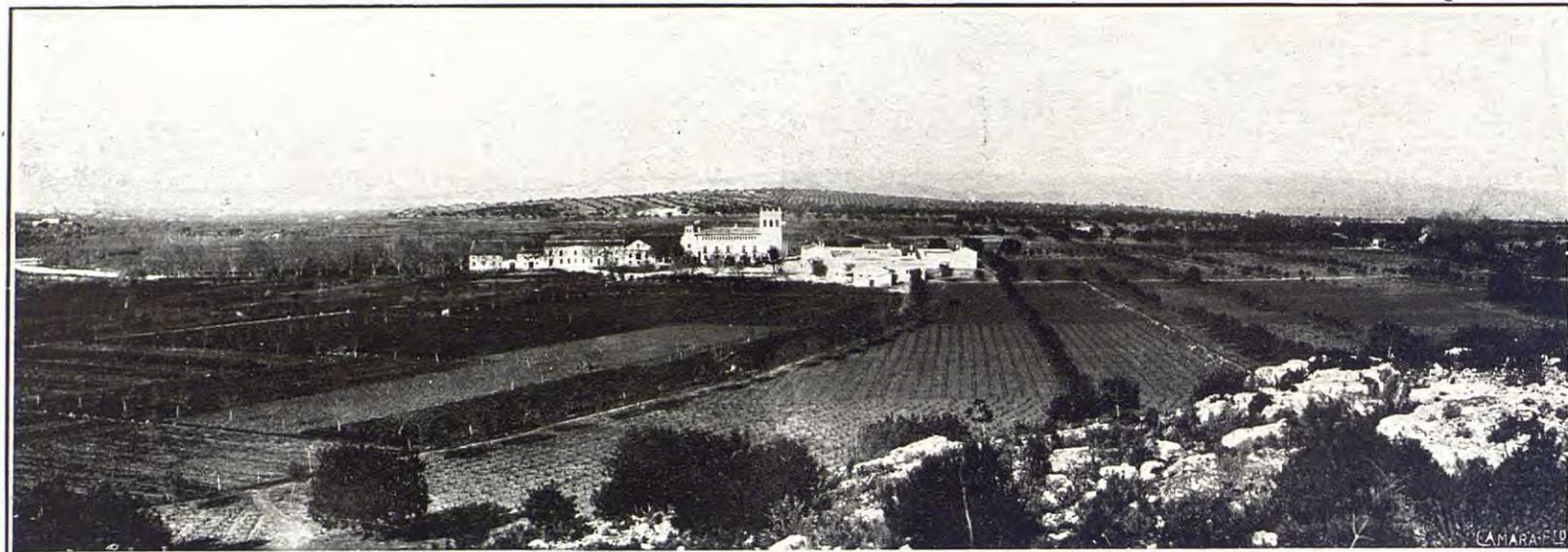
sensuales con vislumbres de tortura, de disciplina y penitencia. Un poeta, forzosamente, tenía que enamorarse de aquellas mujeres que sufrían en su impasibilidad.

La impasibilidad: he ahí otra aristocracia de las valencianas. Lentas, graves, rítmicas, con una clásica grandeza y sencillez, parecen desdeñosas ó indiferentes como pavos reales. Sus ojos inmensos y negros, ya de terciopelo, ya de laca, no quieren confiarnos el secreto que guardan bajo los arcos de alfanje de las cejas, ilusorios y minúsculos alfanjes de custodia á la puerta del harén que son

unos ojos orientales. La sonrisa de los labios, que suelen perfilarse en dos rasgos sutilísimos á punta de pincel, no ofrece, antes al contrario, rechaza con su rictus altivo. Casi no habla, y en todo caso sin traicionarse. Las danzas de allá aduermen á la mujer con su pompa de minués. El brocatel bueno en su fastuosidad, las joyas con su pesadumbre de oro y esmeraldas, envuelven en un magnífico caparazón al espectro... de la rosa, y más aún de los jazmines grandes y anchos.

F. G. S.

LA AGRICULTURA VALENCIANA



Vista panorámica de "La Vallesa de Mandor", una de las fincas mejor cultivadas de Valencia

La urbe crece y se desenvuelve de asombrosa manera, enseñando cada vez mayores medios de riqueza, y el desarrollo toma un impulso gigante desde su última Exposición, en la que el inolvidable marqués del Turia entregó su vida y cuanto podía dar en holocausto á la grandeza de su ciudad querida, que, como todas las grandes colectividades, ha sido muy ingrata para la memoria de aquel gran patrio.

Pero la capital debe, en la mayor parte, su poder y su fastuosidad á la riqueza de sus campos; porque si en todos los órdenes de la belleza y de la fortuna se desborda la vida exuberante, hay que reconocer que su fuente primera es la riqueza agrícola que atesoran estos campos benditos por Dios.

Puede ser que las grandes dificultades que á los agricultores está produciendo la guerra europea constituyan provechosa lección, y que, rompiendo añejas rutinas, nuestros labradores se encaminen resueltos por la vía de la cooperación, que, juntos, podrán obtener lo que dispersos no alcanzarán jamás. Y, afortunadamente, así lo van comprendiendo, y ya buscan el calor de la unión y del mutuo esfuerzo, como lo prueba el gran número de Cajas rurales, Cooperativas, Sindicatos, Sociedades de defensa, Asociaciones, y, sobre todo, la admirable labor de la Acción Social Agraria, que está llevando á cabo la Federación Valenciana de Sindicatos Agrícolas, y que tantos resultados prácticos está dando á nuestra agricultura, pues apenas con un año de existencia, ya ha llegado su giro á dos millones de pesetas.

La superficie rural de la provincia de Valencia es próximamente de un millón de hectáreas, de las cuales están dedicadas á montes unas trescientas mil, y son de cultivo otras cuatrocientas mil; y de éstas, más de cien mil de regadío. Estos datos, como otros que podremos aportar en esta modesta exposición de la riqueza de nuestros campos, están sacados de los trabajos estadísticos realizados por la Cámara Agrícola de esta provincia al celebrarse en España el noveno Congreso Internacional de Agricultura en el año 1911. Quizá hayan variado algo por el tiempo transcurrido y el trabajo constante de nuestros labradores, aumentando siempre la zona cultivada; pero seguramente no será tan grande la variación que nos impida partir de aquellos datos.

Una cosa admirable y muy digna de ser conocida, es el sistema de riegos de nuestra provincia, especialmente de las aguas derivadas de los dos grandes ríos: el Turia y el Júcar. Obras que nos legaron los moros, y que legalizó con Ordenanzas que todavía rigen, y con ello está dicha su eficacia, el Rey Conquistador, la gloria más preclara de la Monarquía aragonesa, que si en la guerra fué un rayo, y pasma la gran extensión que para su Corona adquiriera, más asombra su labor legislativa para la paz. Las siete acequias de la vega de Valencia con sus electos caballeros y labradores, y, sobre todo, el clásico Tribunal

de las Aguas, modelo de justicia popular y expeditiva, y el canal de la acequia real del Júcar, con su presa de aguas en el pueblo de Antella; su funcionamiento, que la convierte en la Sociedad más rica de España, y la extensa zona que fecundiza, son modelos que pueden presentarse como ejemplo en todas partes para ser admirados y seguidos. Y es lástima que no se preocupen un poco más en las alturas de los Gobiernos de problemas de tan grande trascendencia, porque si así lo hicieran, se proyectarían y realizarían obras que, asegurando el caudal de aguas en el estiaje, aumentarían los terrenos regables, y siendo mayor la riqueza, serían también mayores los rendimientos fiscales que habrían de proporcionar.

En el camino de enseñar á nuestros labradores todas las posibles lecciones de la verdadera agricultura integral, justo es rendir aplauso sincero á la nueva orientación y al celo de la Asociación General de Ganaderos del Reino, que, dirigida en esta provincia por el señor Comisario regio de Fomento, está haciendo una labor utilísima con sus experiencias y concursos, despertando en los agricultores las ansias de poseer razas seleccionadas de los diferentes ganados, de modo que hasta ahora cada Exposición es un triunfo mayor de la Asociación antes citada, y un nuevo estímulo para nuestros agricultores.



Casa de "La Vallesa de Mandor" FOTS. CABEDO

En la riquísima variedad de cultivos y de cosechas que produce la región valenciana, los más importantes, por el esfuerzo que significa su plantación y cultivo y por la extensión que tienen en la provincia, son la naranja y el arroz.

Quien por vez primera visite nuestra ribera, quedará seguramente encantado de la belleza de esos inmensos bosques de naranjales que desde el llano van cubriendo las faldas de la montaña, y llegan orgullosos á las cumbres para explorar, curiosos, el panorama del otro lado de la sierra ó para pedir al mar, altivos, la brisa que ha de orear con el perfume de sus flores incomparables. Esos huertos, que representaban hace poco tiempo una riqueza extraordinaria, pues su tierra ha alcanzado valor casi increíble, que ha llegado á 36.000 pesetas la hectárea, y su extensión pasa en esta provincia de veinte mil hectáreas, eran antes campos yermos ó de pobre cultivo de secano, en donde la mano del hombre laborioso y emprendedor ha ido arrancando las piedras, y en muchas ocasiones transportando tierra de otros lados y agujereando el suelo hasta encontrar la riquísima mina de agua subterránea, pues es el agua base necesaria de la producción naranjera, y como en la mayor parte de los huertos tiene que elevarse de modo artificial, las chimeneas de sus motores dan á los campos de naranjos la semejanza de una verdadera población industrial.

Y obtenido el resultado de plantar y criar su huerto con bastantes años de esfuerzo, el agricultor esperó que de lejanas tierras vinieran á comprarle su fruta, pagándole siempre un precio muy remunerador para su trabajo, sin pensar jamás que las circunstancias del mundo pudieran cambiar en su perjuicio. Y tampoco quiso meditar que ese riquísimo producto, del que obtenía muy buenas y constantes recompensas, derramaba por el mundo muchísimo más dinero del que él obtenía en premio de su trabajo. ¡Qué diferente el estado actual del naranjero, si, como hubiera podido serlo, fuera hoy el dueño de los barcos cuyos fletes crecidísimos imposibilitan la venta, si fueran de su propiedad y de su dirección las casas de contratación de las grandes plazas mundiales de consumo! Si hubiese tenido la necesaria previsión, sería hoy mucho más fácil su defensa y no se vería obligado á sucumbir á seguros y corretajes de otros hombres que le imponen la ley. Todo el mal hubiera podido estar disminuído con la cooperación y el esfuerzo común; pero, desgraciadamente, el exceso de bienestar hizo que el agricultor naranjero fuera sólidamente individualista, y se ha resistido siempre en la época buena á todo intento de asociación. Ahora, en los años difíciles, se han formado ya muchos Sindicatos para la común defensa, y existe además una Federación Naranjera que, con su celoso é inteligentísimo gerente, D. Carlos Sarthou, hace cuanto puede, y puede mucho en estos momentos de verdadera angustia, que la guerra, tan pródiga con muchos productos de la tierra, ha sido ver-

daderamente funesta para la riqueza naranjera. Y para apreciar la terrible crisis que significa la ruina de la más grande riqueza regional, basta estudiar la gente que á la sombra del naranjo vive. Puede decirse, sin temor á equivocación, que en los pueblos en que se cultiva este producto, todos sus habitantes trabajan con el mismo. Aparte de los hombres que cuidan de los huertos y los arreglan, trabajo constante todo el año, pero de mayor intensidad en los días de preparación de las labores, existen muchas industrias auxiliares que ocupan gran número de brazos, como son las serrerías para las cajas, la fabricación del papel y los estampados del mismo. Además, todas las mujeres, jóvenes y viejas, encuentran ocupación y labor en los almacenes de confección para seleccionar y encajar las naranjas. Y esos jornales crecidos, de que familias enteras se beneficiaban, están desapareciendo, y su falta produce una gravísima crisis que está determinando una emigración de brazos jamás conocida ni sospechada. Y los pueblos en que antes reinaba la alegría que produce el bienestar y la riqueza legítimamente obtenida, gimen hoy en la desgracia y la preocupación ante la perspectiva de la miseria. Males que vienen en gran parte de nuestra falta de previsión, pero que también son imputables á los Gobiernos, que no estudian con tiempo los problemas; pues cuando se vive bajo un régimen tiránico de opresión centralista, lo menos que se puede pedir á los que disfrutaban de todos los poderes, es que cuiden de que no se planteen problemas de mal tan agudo ó que traten de reducirlos con sanas medidas de gobierno, y no los agraven con un daño tan enorme como el que se ha producido este año y el pasado con la falta de vagones; pues en vista de la dificultad de los embarques, los naranjeros trabajaron más que de costumbre el mercado nacional, y no han podido dar salida al fruto por carencia casi absoluta de medios de transporte. ¡Y entretanto se nos estaba repitiendo todos los días que entidades poderosas no se encontraban en el mismo caso que nuestros pobres naranjeros!

El arroz es otra riqueza de mayor provecho hoy; pero también el desconocimiento del problema por parte de los Gobiernos produce el malestar y la desorientación. La desdichada gestión gubernativa en cuanto á la exportación y á la antieconómica tasa, ha sido causa de alarmas y de injusticias, que repercuten siempre en el agricultor, y más especialmente en el más pobre. La extensión de la zona arrocerera se calcula

en unas veintinueve mil hectáreas, que han producido en este pasado año más de ciento noventa mil toneladas. Estas cifras revelan el esfuerzo del agricultor más que todos los argumentos que pudieran hacerse.

Riqueza de tanta importancia, que significa un nivel muy alto para la economía nacional,



EXCMO. SR. CONDE DE MONTORNÉS
Comisario regio de Fomento y entusiasta agricultor valenciano, propietario de la finca "La Vallesa de Man'or" FOT. KAULAK

debiera ser estudiado con mayor cariño, llevando en su desarrollo un plan único sabiamente dirigido y escrupulosamente cumplido, en lugar de las continuadas y constantes alteraciones, con las que no pueden marchar bien los labradores, pues nunca saben lo que les pueda ocurrir al día siguiente.

Y hay que tener en cuenta, para la debida protección, no solamente la riqueza enorme que este cultivo constituye, sino también las grandes dificultades del mismo, por las condiciones en que tienen que trabajarse las tierras.

Y si bien las modernas prácticas agrarias han remediado muchos males de salubridad que antes ocurrían con gran frecuencia por el encharcamiento necesario de las tierras, todavía son y serán siempre labores peligrosas y molestas las que se requieren hasta obtener la cosecha.

La carestía enorme, y más bien la falta de abonos apropiados, ha de determinar para lo sucesivo una baja muy sensible en la producción, verdaderamente dolorosa en esta cosecha, la única hoy que podría ser de rendimiento para el cultivador.

También la falta de unión es causa de males, pues si los arroceros hubieran hace tiempo comprendido sus intereses, las industrias molineras y los comercios del interior de España y los de exportación serían suyos y realizarían beneficios que solamente ellos debieran aprovechar.

El vino y el aceite representan un renglón importante en la agricultura de esta provincia, teniendo el viñedo una superficie de cien mil hectáreas y el olivo de unas treinta mil próximamente.

Y no quiero terminar este trabajo modesto de exposición de nuestra riqueza agrícola sin citar un nombre venerado para todos los agricultores valencianos: el del señor conde de Montornés, Comisario regio de Fomento, agricultor entusiasta y decidido, alma de todo lo que significa progreso y trabajo agrario. El cariño que por él sienten todos los que al cultivo de las tierras se dedican en esta provincia, es tan grande y tan justificado, que baste decir que no hay movimiento intenso de la agricultura, que no hay labor común de los labradores que no cuente con su actividad, su inteligencia y su nombre como primeros factores.

Entre las varias fincas de importancia que pueden presentarse en esta provincia como modelo de ejemplar y completa agricultura, destaca, con derecho indiscutido, La Vallesa de Mandor, en la que el prócer ilustre demuestra con los hechos su gran amor al cultivo de la tierra y á las industrias auxiliares de la misma. Hablen por mí cuantos han visitado la espléndida mansión, y atestiguarán el grato recuerdo, no solamente del perfeccionamiento y la generalidad de los cultivos agrícolas, sino lo que es todavía más importante y digno de mayor aplauso: la completa labor social que en todo aquel riquísimo término se realiza.

JOSÉ MONTESINOS Y CHECA
Presidente de la Cámara Oficial Agrícola



Vista de un campo de naranjales, en Carcagente

FOT. GÓMEZ DURÁN

LA PATRONA DE VALENCIA



Altar de la Virgen de los Desamparados

Tesoro de las virtudes,
fuente del divino amor,
madre de desamparados
y santa madre de Dios:
á tu piedad infinita
Valencia se consagró
para ejemplo y para loa
de su cristiano fervor.
Y ese pueblo, que te rinde
tan leal veneración
y los más puros afectos
en tu grandeza inspiró,
sabe, al invocar tu nombre,
merecer tu protección,
que ampara á los desvalidos,

que redime al pecador,
alienta al que desfallece,
consolando su aflicción,
y todo lo glorifica
con la luz de su esplendor;
que los rayos de tu nimbo
son los rayos de ese sol
alegría de los campos
rientes de una región
trasunto del Paraíso
¡que para ti se creó!
En él las rosa; fragantes
—maravilla del color—
para ti lucen sus galas;
Natura te las brindó,

¡y á ti llegan sus esfluvios
como el incienso al Señor!

Un pueblo artista y creyente
por Reina te proclamó,
y halla en tu soberanía
su más preciado blasón.
Las gentiles valencianas,
en su rostro encantador
reflejan, por ley del cielo,
la belleza y la expresión
de su bendita Patrona
—fuente del divino amor,
madre de desamparados
y santa madre de Dios—,

que en las horas de amargura
les otorga su favor.

¡Y, pues ellas son tus hijas,
á tu semejanza son!
Fieles á la fe sagrada
y á su inquebrantable amor,
como sentido tributo
te ofrèndan su corazón,
y, mientras viva una sola,
te guardará su fervor
¡un santuario en el pecho,
en el labio una oración!

Federico GIL ASENSIO

FOTOGRAFÍA DE GÓMEZ DURÁN

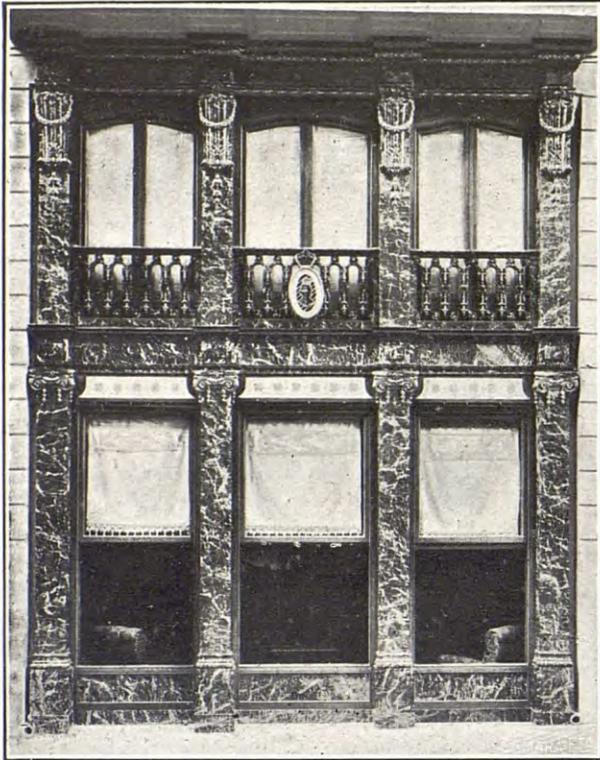
LA ESFERA
DE LA VIDA VALENCIANA



LA COMIDA DEL HUERTANO, dibujo al pastel por Vicente Carreres

Real Sociedad de Tiro de Pichón

La Sociedad del Tiro de Pichón, de Valencia, está establecida en la calle de la Paz, núm. 4, y fué inaugurada el día 25 de Junio del año actual. El Chalet de Tiro está situado en la playa de Levante, del puerto valenciano, y fué inaugurado con gran brillantez el 19 de Mayo de 1909, con asistencia de S. M. el Rey, que es presidente honorario de la aristocrática Sociedad. La Junta directiva está formada por D. Rafael Santonja, presidente; D. Juan Carles, vicepresidente; D. José de la Cuadra, secretario; D. José María Fourrat, vicesecretario; D. Rafael Oliag, te-



Fachada del edificio donde está instalada la Sociedad de Tiro de Pichón



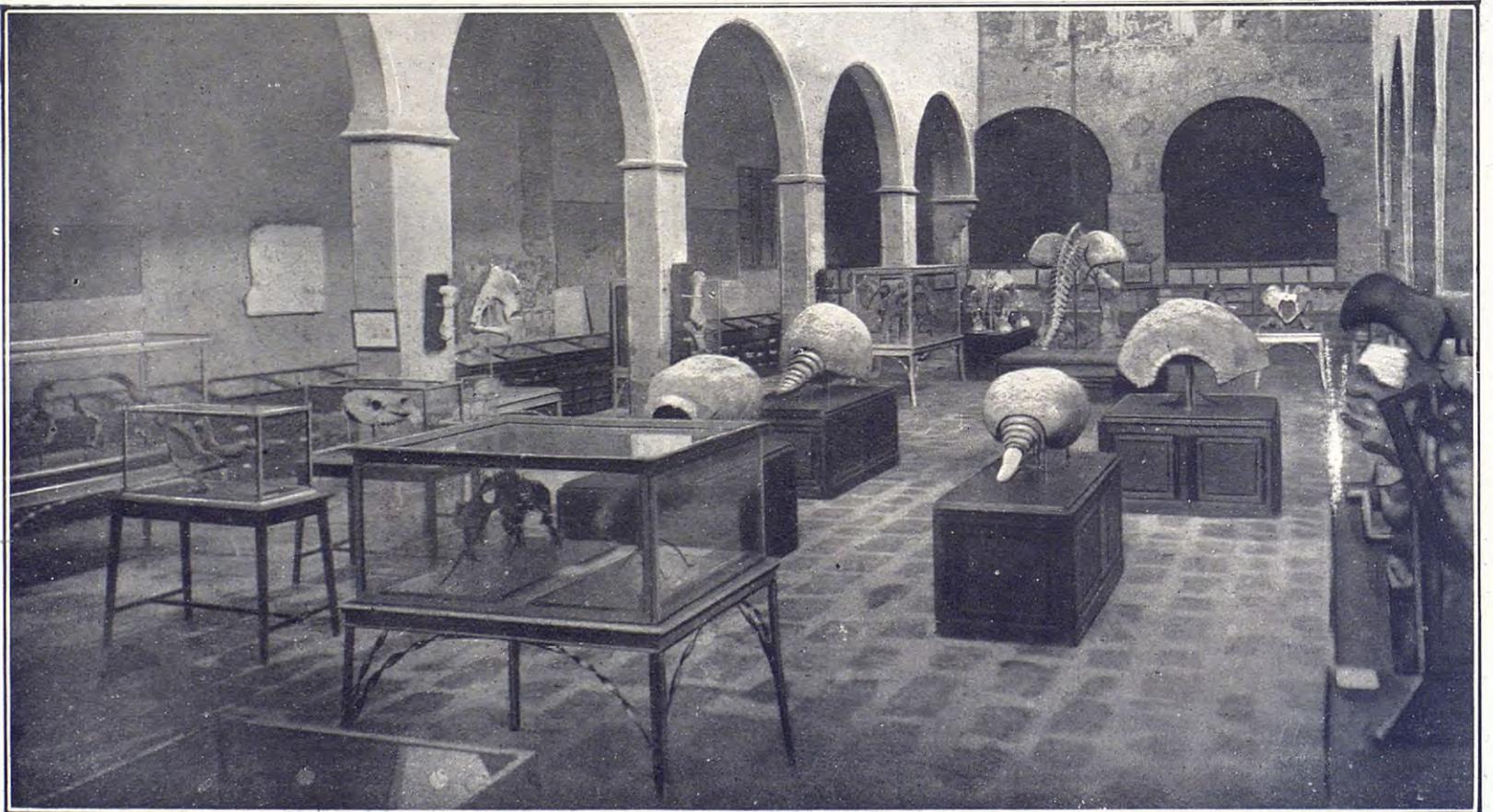
"Hall" de la Sociedad de Tiro de Pichón

FOTS. MORENO FIOLE

sorero; D. Eugenio Burriel, vicesorero; D. Emilio Sarzo, director de Tiro, y los vocales D. Manuel Carsí, D. Fernando Ibáñez, señor conde de Trenor, D. Eduardo Llagaria, don Lorenzo Martínez, D. Antonio Vera, D. Pablo Verdeguer, D. Luis de Córdoba, D. Alfredo Cuiat y D. Vicente Cuesta, por el orden en que han sido citados.

La Sociedad tiene una vida por demás floreciente y próspera. Actualmente cuenta con cuatrocientos treinta socios, que le prestan la más grande solidaridad y el mayor entusiasmo. El presidente, D. Rafael Santonja, viene realizando muchas iniciativas, merced á las cuales ha adquirido un envidiable prestigio. Constantemente se muestra incansable en la organización de fiestas y concursos en los que toman parte numerosos y diestros tiradores. Durante las tiradas de concurso celebradas en las diferentes Sociedades federadas, la de Valencia ganó varios premios importantes, entre ellos, las copas «España» y «Victoria Eugenia».

EL MUSEO PALEONTOLÓGICO DE VALENCIA



Magnífica colección de esqueletos de animales antediluvianos, encontrada en América y donada á la población de Valencia por el Sr. Botet.—De la mayor parte de los curiosos ejemplares no existen semejantes en los Museos de Europa FOT. GÓMEZ DURÁN

LA CERAMICA ANTIGUA VALENCIANA

ILICE • SAGUNTO • PATERNA • MANISES • ALCORA



Pixis ibero-helénico, de la colección del autor del artículo



Vasija de barro gris



Cacerola ibero-romana de barro sonrosado



Fial con marca ibérica



Olla bizantina, con esmaltes azules. Paterna; del siglo XIII

Cerámica saguntina, propiedad de D. Francisco Martínez y Martínez

Si con vertiginosa habilidad hojeamos con la diestra las páginas de la historia del Arte español, al detener nuestra mirada escrutadora en aquella que describe el desarrollo cerámico en cada época, siempre encontraremos el nombre de alguna población levantina sobreponiéndose con su arte á las demás coetáneas; y los cálices de Sagunto, los tetones de Manises y las vajillas de Alcora, fueron siempre los más codiciados...

Los iberos levantinos llevaron á su cerámica incipiente formas y decoraciones, primero orientales, según las influencias que del Africa venían, luego helénicas y fenicias, que el mar les llevaba. Su técnica es sumaria.

La decoración consistía en ligeros engobes ferruginosos desarrollando ritmos lineales; unas veces, gruesas fajas uniformes circundan las abultadas panzas de los *dolium*; otras, aparecen estas fajas formadas por unidades angulares, espadas, etcétera, que simétricamente se repiten, y en ocasiones las constituyen semicírculos concéntricos, correspondiéndose con otros invertidos que se suceden.

De entre todos los yacimientos testáceos de esta época, los de la Alcudia, en Ilice, son los más importantes, por la belleza y abundancia de sus fragmentos.

Sagunto comparte la fabricación cerámica con Ilice, mas su renombre es posterior; secundando el arte de los rodios allí instalados, logra una cerámica tan exquisita y propia, que al llegar á su absoluto desarrollo, en la época romana, es celebrada por poetas é historiadores.

Las piezas de barro rojo son las más exquisitas, y de tal finura, que algunas de tamaño pequeño asemejan cáscaras de huevos, por su ligereza,

y la ornamentación es en relieve y reproduce grecas, guirnaldas, la fauna y la flora más conocidas y las figuras de los dioses.

A partir de la época bárbara, hay que seguir el desenvolvimiento de la cerámica levantina en las formas ordinarias romanas; subsisten las decoraciones lineales en negro que usaban los iberos. Sin embargo, el levantino ama la luz y el color, ansía llevarlos á sus vasijas; es la época de las vidrieras esmaltadas y los mosaicos bizantinos; intenta exornar sus cacharros con esmaltes de colores; halla éxito, aunque pobre, y combina con la rítmica lineal de los engobes los irisados del azulado esmalte, á manera de cabujones; en estos pobres intentos le sorprende la invasión musulmana.

Desde la Mesopotamia y la Persia llegan las cerámicas orientales con su novedad del barniz plomífero; otra vez es el mar el que trae al arte valenciano los derroteros á seguir.

Entonces se produce en esta región, y tal vez exclusivamente en Paterna, un centro cerámico, todavía inédito para los estudios arqueológicos, de inmensa personalidad, y que llega á su esplendor en los siglos XIII y XIV. Denominaremos á su cerámica «de la reconquista valenciana».

Su característica es la compenetración del arte de Oriente con el indígena; aquél, trayendo, fuertes y viriles, las influencias persas y egipcias; éste, aportando los restos que posee del arte bizantino.

La policromía de sus platos y sus jarros son: el blanco plomífero, el verde del cobre y el morado del manganeso; el principal motivo en sus decoraciones, la figura humana, casi siempre la mujer, hierática, rígida, á la manera del arte bizantino, completando su ornamentación lacerias, animales quiméricos y también el pez de los cristianos; otros platos ofrecen testas coronadas de igual estilo que las acuñadas en las monedas de estos siglos.

Un paso más y el dominio del arte cerámico será completo; así acontece en el siglo XV con la cerámica de reflejos metálicos que desde Málaga llega á Manises. Es tan alto el poder armónico de su azul y su oro, que jamás ha sido superada por ninguna.

Es curioso observar el distinto desarrollo que á la ornamentación dan los ceramistas de Paterna

y los de Manises, separados tan sólo por el río Turia y casi coetáneos en su preeminencia; y es que, ante todo, se ajustan á los elementos colorantes de que disponen. En la cerámica de «la reconquista», el verde cobre usado por los de Paterna se dilata por la acción del fuego, dejando imprecisos los contornos de sus pinturas.

En cambio, en la otra cerámica oro y azul, el azul cobalto dibuja hasta líneas muy finas y uniformes, da origen á un arte de silueta en extremo decorativo que se desarrolla bajo dos tendencias: una, en Paterna, que llamaremos *caligráfica*, y que sólo acepta para sus adornos unidades muy simples: rayas, ligeras curvas, rasgueos, etcétera, repetidos indefinidamente en fajas. La

otra, la de Manises, es más viril y artística, y es la que lleva el renombre de hispanomorisca; ella toma elementos de la heráldica y los adiciona, en rítmico conjunto, hojas de plantas y siluetas de animales de estupenda expresión. Para completar tan bello arte decorativo, exornan los fondos de sus cerámicas con diminutos arabescos de brillo metálico.



Manises.—Plato azul, con reflejos, del siglo XV, propiedad de D. José Almenar



Paterna.—Plato de reflejos, estilo caligráfico, del siglo XV, propiedad de D. José Almenar

Tanto triunfo y predominio no son eternos.

Con el siglo XVI se pierde la pureza del estilo.

Un resurgir valenciano se advierte en las corrientes actuales de Manises; la fabricación se encuentra en pleno esplendor, llegando el número de fábricas á 87, y la fundación de la Escuela Oficial de Cerámica, dirigida por artista tan preeminente en esta materia como D. Gregorio Muñoz Dueñas, hacen presagiar que, en plazo no lejano, el dominio del mundo cerámico será para Manises, como ya lo tuvo en los siglos medios.

MANUEL GONZALEZ MARTI



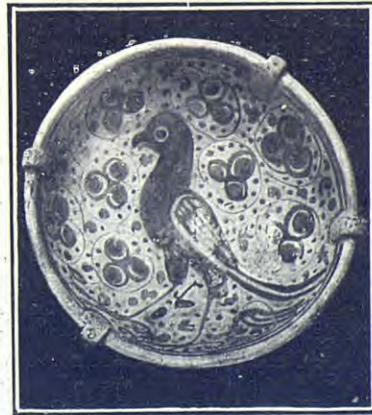
Paterna.—Ampolla del siglo XIV



Paterna.—Plato de los siglos XIII y XIV, propiedad de D. José Almenar



Paterna.—Candil árabe del siglo XIV, de la colección del autor

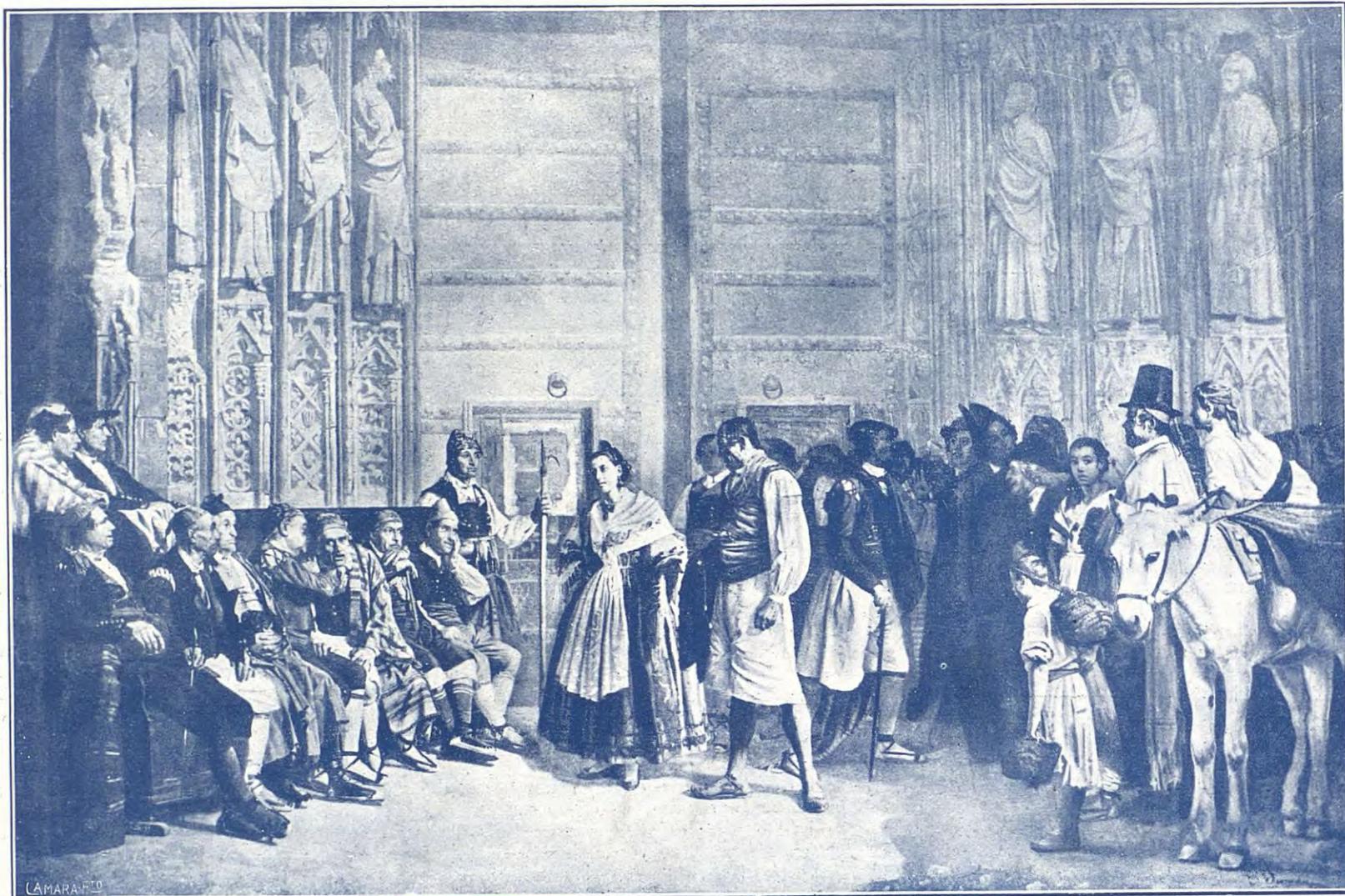


Manises.—Cacerola del siglo XV, de la colección del autor



Alcora.—Sobremesa, estilo japonés, del siglo XVIII

EL TRIBUNAL DE LAS AGUAS



"Una sesión del Tribunal de las Aguas", cuadro de Ferrándiz

NO ha tenido el tiempo bastante fuerza para destruir la secular costumbre valenciana de hacerse el pueblo justicia por sí mismo en todas las cuestiones, diferencias y agravios que tienen origen en el reparto del agua para el riego de la tierra en la huerta. El Tribunal de las Aguas es una institución que resiste el paso de los años más que las mismas piedras de la catedral, á cuya sombra los siete jueces, representantes de las siete acequias, dictan semanalmente sus sentencias inapelables.

Todavía es en las regiones españolas un problema inquietante el riego de los campos. A veces es tragedia. Cuando el agua del cielo parece agotada en sus divinos manantiales, el agua de la tierra es savia fecundadora, recogida en albercas y atanores, para florecer las plantas, madurar los frutos y correr por los surcos y los cauces, suelta y libre, transparente y cantarina, como una risa de cristal. Entonces, los hombres se disputan su caricia, como si fuera la de una mujer.

El vetusto Tribunal valenciano cuida de que el agua lleve sus beneficios á todos los labradores de la huerta. Cuando las disputas de los hombres plantean un conflicto, el mismo Tribunal lo resuelve y hace justicia, sin perder el tiempo en embrollos, ni en sellos, ni en papeles. Justicia seca, rápida, inapelable, como cumple á su ranciedad, que le hace ser frío, hierático, inmutable, como si fuera de granito. Es, quizá, el último vestigio de los árabes, perdurable en las costumbres, á pesar de los siglos. Aquellos sabios antepasados nuestros poseían el arte de la vida y conocían, más que nosotros, las virtudes del agua. Por eso querían que su influjo y su hechizo llegasen á todos, como caricia de la Naturaleza.

Los jueves de todas las semanas, desde tiempo que es inmemorial, se constituye el Tribunal de las Aguas en la puerta de la catedral llamada

de los Apóstoles. No podía elegir el Tribunal lugar más adecuado que aquella puerta venerable, ennoblecida por el tiempo, con sus labores góticas, sus estatuas mutiladas de Santos, Evangelistas y Doctores, con la figura de la Virgen rodeada de ángeles y serafines que cantan sus glorias, con sus blasones nobiliarios orgullosos de sus barras, sus castillos y sus toros pasantes, con todo un mundo de ideas y creencias tallado en la piedra como recuerdo del espíritu místico y caballeresco, cristiano y marcial, de la Edad Media.

Hace muchos años, muchos, tantos que ya registran el hecho viejas crónicas y rancias historias, tenía la puerta de los Apóstoles una pilastra que la partía en dos. Pero en días de jubileo, misa grande ó fiesta mayor, era tal el número de devotos que acudía al templo, que la columna divisoria estorbaba el paso, haciéndolo lento, incómodo y aun peligroso.

Ya está constituido el Tribunal. Fuera de la verja se agrupan en montón los hijos de la huerta, los que saben cuánto valen las caricias del sol y del agua. Miran atentos al venerable Tribunal, con el mismo religioso silencio y la misma vigilante mirada con que los siervos de una edad remota contemplaban el ademán del rey justiciero, á la sombra de un árbol secular. Como guardián representativo de la arcaica costumbre, un alguacil se yergue altivo, solemne, majestuoso, empuñando la larga pértiga, rematada en un garfio de hierro. No empuñaría Plutón con más soberana majestad su enorme tridente.

Los siete jueces se descubren respetuosos, y con la gorra y las manos sobre las rodillas, esperan que la acequia más vieja pronuncie la sacramental palabra con que se abre el juicio:

—*S'óbrí el Tribunal.*

Los guardias de acequias y los encargados de establecer el turno para el riego, formulan sus de-

nuncias, alegando los motivos de su querella. Luego, los querellados se presentan para defenderse de la catilinaria en que se expone la acusación. A veces, en el calor del juicio y en la improvisación de los discursos, suena una palabra de escaso valor parlamentario:

—*¡Falso! ¡Mentira!*

En el público se produce una gran agitación. Las miradas relumbran con llamaradas de ira, y los puños se levantan y agitan amenazantes. Pero el Tribunal impone el silencio. Y cuando la calma se restablece, el juez representativo de la acequia más vieja adelanta un pie, sustituyendo el ademán de las manos, y lanza al aire el castigo que ha merecido el imprudente:

—*Cuatre sous de multa.*

La ley se impone y el juicio va á seguir. Las acequias sienten ahora más hondamente el valor de la justicia popular. Nuevamente el más viejo adelanta el pie y manda que hable el querellado con estoica serenidad.

—*Parle vosté.*

Hasta que, acabada la vista, bien oídas las razones expuestas por ambas partes, el Tribunal anuncia que va á dictar sentencia. Una sentencia inapelable, que acatan todos los huertanos como á una suprema voluntad.

Ante el arcaico y venerable Tribunal de las Aguas, acusa el formidable *Pimentó* al audaz *Batiste*, que remozó la trágica barraca del tío *Barret*, en la portentosa novela de Blasco Ibáñez. Allí comienza el drama de la pobre familia condenada por el odio de los hombres á vagar sin rumbo, después de ver su hacienda destruída, una noche en que el cielo azul tiende su cortinó estrellado sobre la palpitante y olorosa serenidad de la huerta.

LA UNIÓN GREMIAL DE VALENCIA

No ha mucho que se celebró en Valencia la *Feria-Muestrario*, donde la industria regional no sólo hizo un noble alarde de fecundidad, sino que afirmó el renacimiento espiritual del pueblo que se ha cansado de confiar su bienestar y sus ideales en manos logreras y á veces mercenarias. Porque el importantísimo concurso, aparte el esplendor momentáneo de las instalaciones, representaba la vuelta de los tiempos gloriosos y grandes. En pleno siglo xx, cuando un anhelo de universalidad llena el alma valentina, resucita el siglo xv, la centuria faro en la historia del reino mediterráneo. Entonces la ciudad se concreta en su gobierno particular, respetuoso, pero altivo frente á las ciegas imposiciones forasteras. De un lado los aristócratas heráldicos, y paralelamente los gremios ricos y fuertes, mantienen el carácter del país. Con el rodar de los años, poco á poco se desmoronó la fortaleza de los pechos abnegados y celosos de la tradición como del porvenir. Los señores se trasladan á la corte; allí olvidan la tierra que dejan abandonada. Se dispersan los gremios, y ya cada taller es una tribu que guerrea contra sus similares. Como acuden los cuervos al campo de batalla sembrado de cadáveres, así ese engendro nefasto de la política se abalanzó y se cebó en las ruinas y discordias de lo que fué



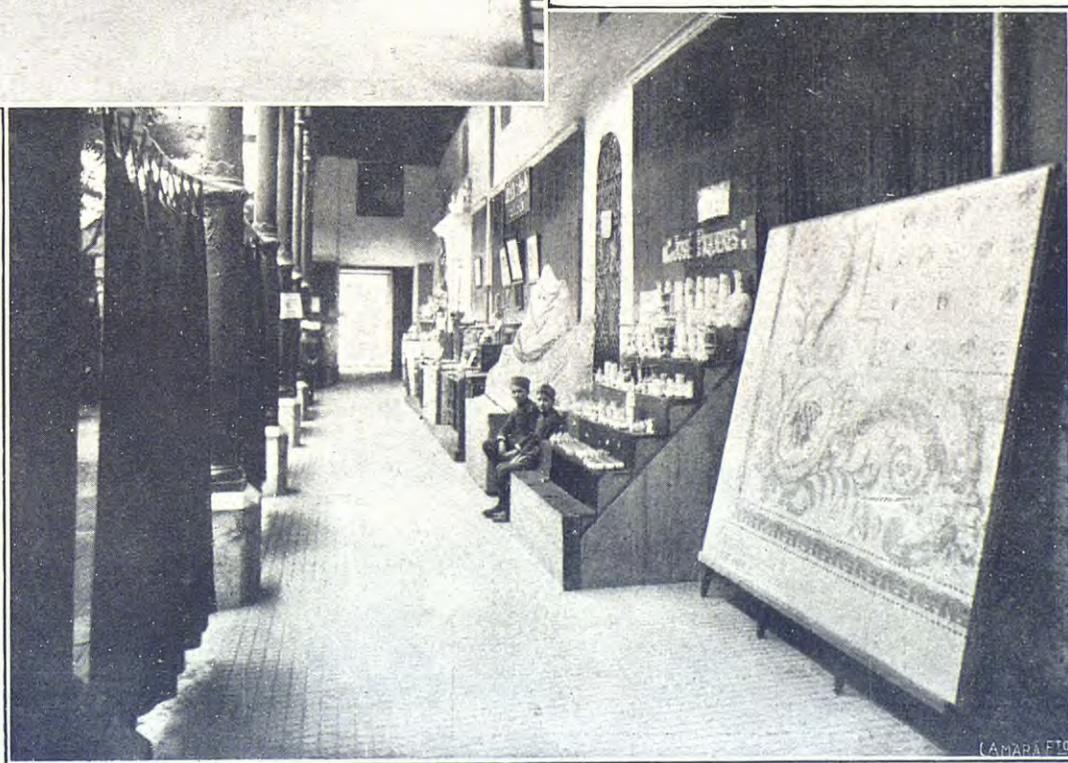
que un industrial. Pero, ¿acaso toda la industria valentina no ofrece ese hermoso espectáculo del equilibrio entre lo útil y lo dulce? Valencia es como una nave que los griegos llenan de rosas en su mitad, y los fenicios en su otra mitad colman de mercancías. Como el gran poeta del Adriático, deseamos á la nave que surque con proa triunfadora todos los mares del mundo...

El porvenir nuevamente sonrío como en las pasadas épocas de florecimiento, y Valencia, la eterna ciudad joven, con los anhelos y los varoniles arrostos de su espíritu emprendedor —espíritu audaz y soñador de constantes y eternas renovaciones—contempla hoy cómo se va logrando la aspiración legítima de ser en todo tiempo y ocasión la ciudad y la región más floreciente y bella entre sus otras hermanas, y en esto cifra Valencia su más noble é hidalgo blasón, pues que en esto estriba su orgullo y su amor á la Patria.

ejemplo de armonía y de trabajo. No tardó en verse el resultado desastroso. Valencia no ganaba, antes se secaba en la esterilidad y se desmedraba sin remedio. Al cabo de no muy largos ciclos de rivalidades y lucros personales á costa de la ciudad, Valencia perdió su riqueza y su esplendor. Los dioses, por fortuna, hablaron al corazón de unos cuantos elegidos. Los industriales, hartos de contribuir sin que ni siquiera se les escuchase en consejo, se aglomeraron, se amasaron en ansia viva y unánime. Por tal manera, en el retoñar de ancestrales virtudes, floreció en la ribera del Turia lo que en los congresos nórdicos se ha denominado *Política civil*.

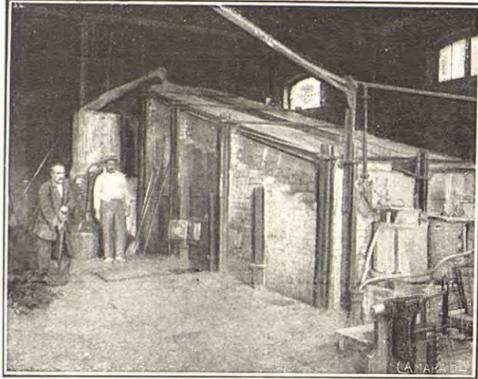
La *Unión Gremial* constituye una barrera defensiva contra los piratas, y la voz y el brazo del progreso soñado, y al par el resurgimiento y mejora de las viejas industrias, con la rivalidad de los diferentes gremios que componen el conjunto colectivo. Vuelve el siglo xv, ó lo que es lo mismo, Valencia ya no quiere ser colonia de la Patria tan amada, discurre con su cabeza y siente con su corazón.

Cabeza y corazón de la *Unión Gremial* es su presidente, D. José Grollo, varón de amplia cultura y de sentimientos altos y profundos, y, sobre todo, desinteresados. A decir verdad, el señor Grollo más es un artista

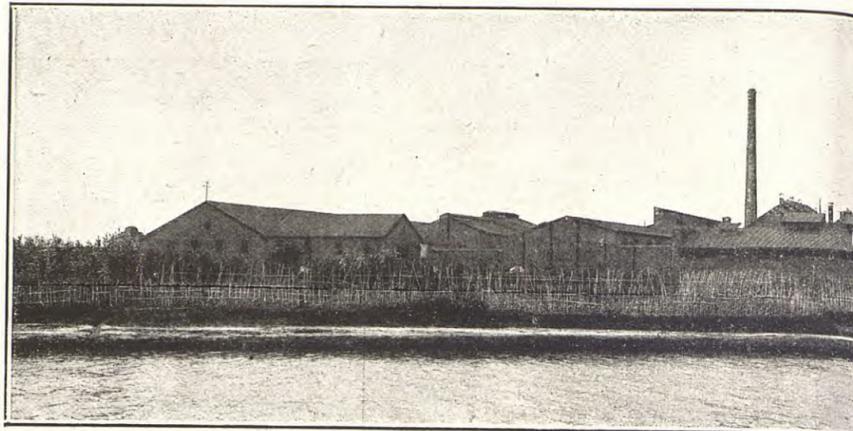


Tres aspectos de la Feria-Muestrario de Valencia

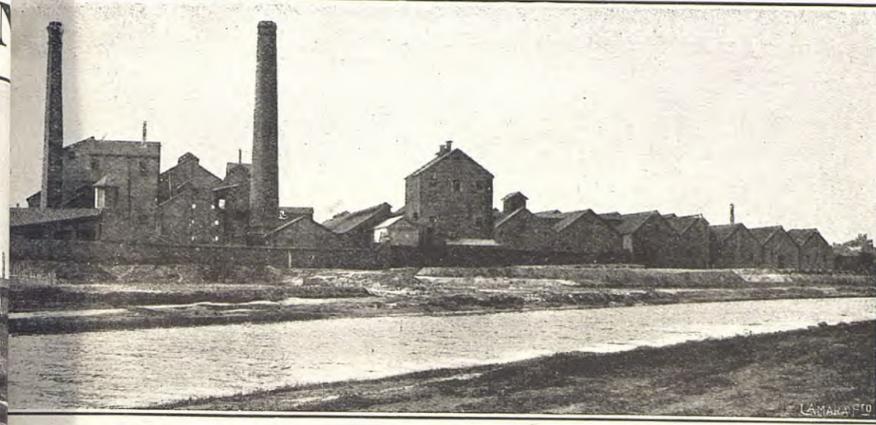
FOTS. GÓMEZ DURÁN



Concentrador de ácido sulfúrico



Vista general de la fábrica de abonos



Productos químicos, en el Grao, de Valencia



Sección de cardas en la fábrica de hilados



Sección de ácido clorhídrico

Fue el fundador de esta Casa, D. Tomás Trénor y Keating, irlandés de nacimiento y hombre tan modesto y sencillo como activo y emprendedor. Inició sus negocios en Londres, con su padre, el año 1807, vino a España durante la guerra de la Independencia, acompañando a su tío, el general inglés Keating Roche.

Con el ejército británico llegaron a España miembros de otras antiguas familias irlandesas, como O'Lawlor, los Owens, los O'Shea y los Barries, que se establecieron en la Península y que han mantenido siempre relaciones de íntima y familiar amistad con los Trénor.

Terminada la guerra, y después de breve residencia en Alicante y Cádiz, tanteando negocios, por fin fijó su domicilio en Valencia, contrayendo matrimonio con doña Brígida Bucelli, dama perteneciente a una ilustre familia italiana. En 1814 se asoció con su tío, D. Enrique O'Shea, intendente de guerra inglés, trasladándose éste a Madrid, con Mr. Champion, adquiriendo entonces la Real Fábrica de Sedas de Vinalesa.

En 1823 quedó solo al frente de los negocios, siendo uno de los iniciadores de la exportación de la pasa a Denia, base del comercio de exportación de frutas y hortalizas a Inglaterra, que ha constituido la riqueza de la región levantina. En combinación con la casa Gibbs, de Londres, recibió los primeros cargamentos del *Guanó del Perú*.

A la utilización de este gran fertilizante se debe el esplendor de la agricultura valenciana en todos sus ramos, y muy especialmente en el cultivo del arroz. Gracias a ello las *marjales* estériles se convirtieron en un venero de riqueza, ya que en esas plantaciones no pueden emplearse para un cultivo intensivo sólo los abonos orgánicos corrientes.

Dedicóse al propio tiempo al negocio de Banca, cimentando sólidamente los prestigios, hoy seculares, de la casa.

Al morir quedaron al frente sus dos hijos mayores, D. Federico y D. Enrique, y posteriormente sus hermanos, D. Tomás y D. Ricardo. Dignos sucesores de su padre, dieron gran impulso a la Casa, instalando la Fábrica de tejidos de yute en Vinalesa, junto a la filatura y torcido de seda, y posteriormente en el Grao de Valencia, la primera fábrica de ácido sulfúrico en España.

Llegó un momento de crisis para el negocio de abonos: los ricos yacimientos del Perú se agotaron, y el guano importado apenas contenía elementos fertilizantes. Los adelantos de la Química aconsejaban la fabricación de los abonos químicos, y sólo el prestigio de la Casa Trénor pudo desvanecer los recelos del comprador y salvar el cultivo intensivo con la afortunada fórmula de «Abonos químicos a base del guano del Perú», y la creación de la fábrica de ácido sulfúrico para la elaboración de superfosfatos, con un laboratorio adjunto, dirigido por eminentes químicos, para el análisis de todos los productos.

Además del ácido sulfúrico, se dedicó a la fabricación de ácidos nítrico y clorhídrico, y de sulfatos de hierro y cobre.



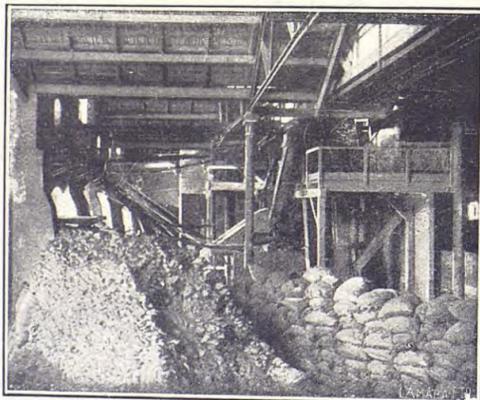
Almacén de abonos



Sección de cosido de sacos



Sección de sulfato de manganeso



Sección de superfosfatos



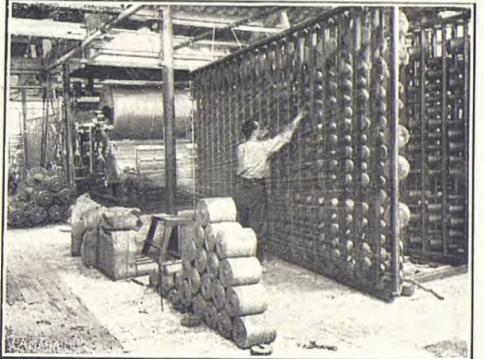
Vista general de la fábrica



Hilados y tejidos de yute, en Vinalesa



Sección de hilatura



Sección de urdidores



Sección de telares

LA FÁBRICA DE ESENCIAS DEL DR. TRIGO

UNA de las industrias que más honran á Valencia es la fábrica de aceites esenciales, esencias, extractos, productos químicos y farmacéuticos y colores vegetales inofensivos para la Farmacia y licorería, confitería, jarabes, galletas, gaseosas, etc., establecida por el doctor Trigo.

El doctor D. Agustín Trigo Mezquita, es hijo de Valencia, y cursó sus estudios en la Universidad de Barcelona. Fué discípulo del eminente é inolvidable doctor D. Laureano Calderón, y del también eminente doctor D. Vicente Peset, legítima gloria de las ciencias valencianas.

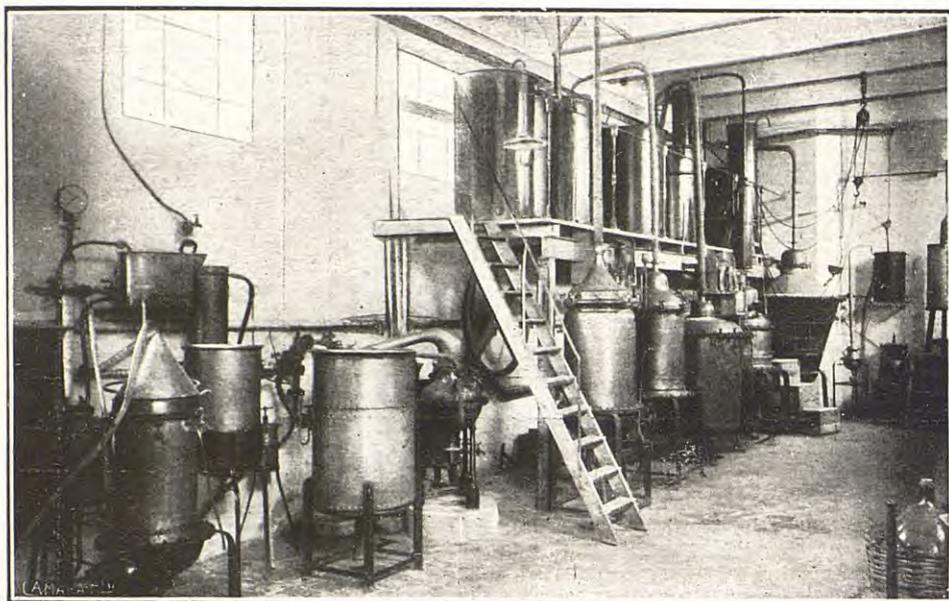
Como premio á una fecunda vida de trabajo, el doctor Trigo es, en la actualidad, presidente del Colegio Oficial de Farmacéuticos de la provincia de Valencia, el cual ha reorganizado sobre la base del glorioso pasado de esta antiquísima corporación. También desempeña honrosísimos cargos en la Real Academia de Medicina, en el Instituto Médico y en otros importantes centros de cultura. Hace más de veinte años creó en Valencia el primer laboratorio y fábrica de productos farmacéuticos de la región, que instaló definitivamente en la calle de Sagunto, de la bella ciudad. En él ha ido acumulando todos los progresos y todos los medios de trabajo necesarios para colocarlo á una altura verdaderamente envidiable. La importancia de este Laboratorio se hace constar sólo con decir que actualmente se produce en él el ácido tartárico y cítrico que necesita para sus preparados, con los productos tartáricos del vino de la región y con los limones valencianos, cuya esencia es una de las muchas que prepara. Habla igualmente de su importancia la producción de los numerosos éteres y cuerpos aromáticos que exige la fabricación de esencias sintéticas, y los técnicos comprenderán que la fábrica del doctor Trigo debe hallarse dotada de medios nada comunes, y que su fundador habrá tenido que vencer dificultades verdaderamente extraordinarias.

En tan espléndido Laboratorio trabajan á diario numerosos aparatos destiladores de múltiples formas, y se hace uso del vacío, del aire comprimido, del vapor recalentado y, en fin, de cuantos medios se emplean en los establecimientos de su índole mejor dotados y más acreditados del extranjero. Y no es esto sólo. El doctor Trigo, que es dueño de una

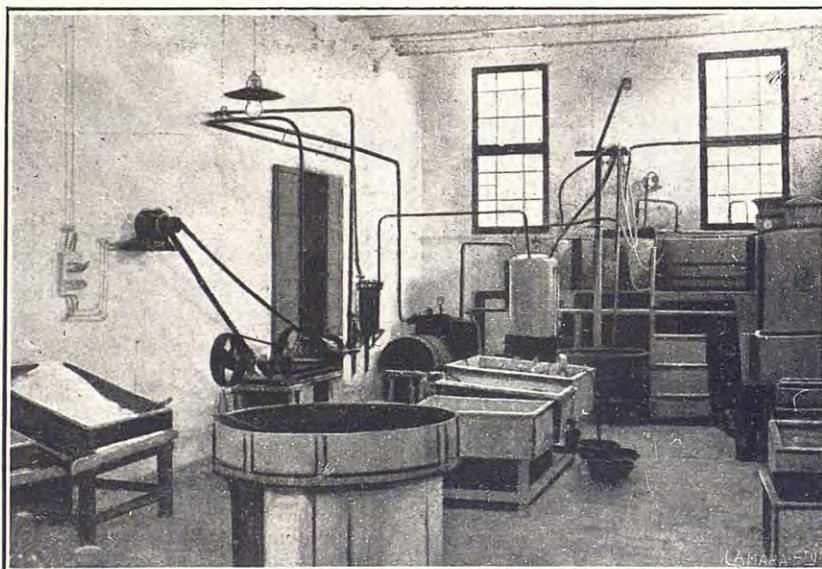
rosa actividad, se ocupa ahora en dar á conocer en todas las regiones de España sus esencias para licorería, jarabes, confitería, etcétera. De todas ellas ofrece y presenta un surtido completo, con la inapreciable ventaja de que los productos no llevan substancia nociva alguna y se ajustan estrictamente á las prescripciones de la más severa higiene. Todas las esencias que se obtienen en esta fábrica, que son numerosas, han sido objeto de largos y minuciosos estudios, ya que para presentarlas en la forma que lo hacían las fábricas extranjeras se tropezaba, en muchos casos, con grandes dificultades.

De esto es un ejemplo la esencia de anís de España, de la que hace el Laboratorio del doctor Trigo una verdadera especialidad, por su finura y exquisito aroma, condiciones que muchas casas extranjeras no han logrado conseguir. En cuanto á las esencias sintéticas obtenidas con éteres purísimos, idénticos á los que perfuman las frutas naturales, el trabajo de esta fábrica valenciana constituye otra notable especialidad, porque obtiene una perfección insuperable, sin necesidad de utilizar aromas ya preparados por otros especialistas, como hacían, auxiliándose en su mutuo trabajo, las fábricas del extranjero, sino utilizando exclusivamente las primeras materias españolas transformadas en la misma fábrica del doctor Trigo. Esto, claro está, supone un trabajo más complicado y más difícil, porque son una porción de fabricaciones á la vez las que son precisas. Pero es criterio del ilustre farmacéutico valenciano, que no debe regatearse esfuerzo alguno para que el país se baste á sí mismo.

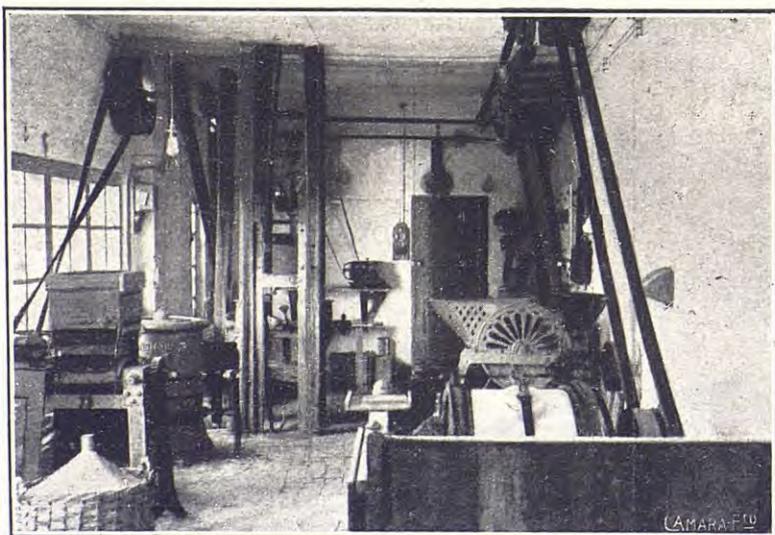
En tan ardua y costosa labor ayuda al doctor Trigo su hijo don Agustín, joven farmacéutico que tiene en su casa amplia escuela donde desarrollar los conocimientos adquiridos en las aulas de la Universidad y que, seguramente, bajo la dirección de su señor padre, será en plazo breve un químico notabilísimo, que en la especialidad á que se dedica ha de poner su nombre muy alto. Los límites de esta información nos impiden dedicar á esta fábrica mayor espacio. Tampoco nos permite la publicación de algunas interesantes fotografías; pero con las que van en esta plana podrá el lector formarse idea de su importancia.



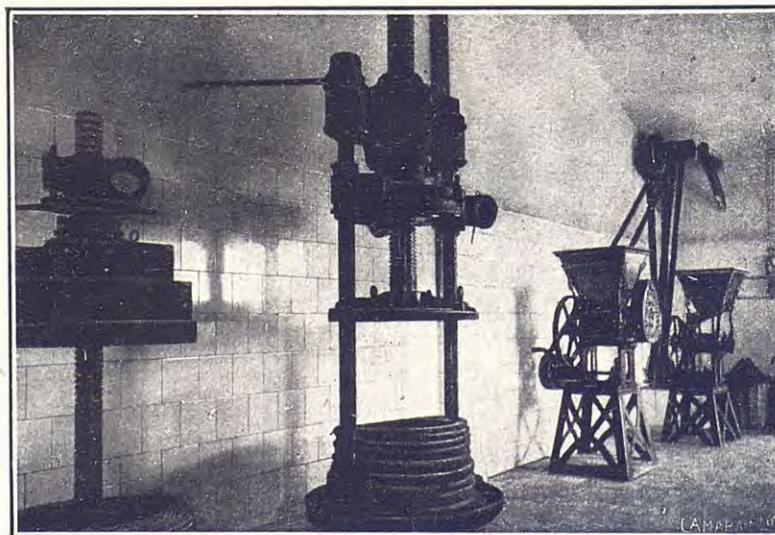
Un aspecto de la sala de aparatos de destilación



Sección de ácidos orgánicos



Sala de turbinado y pulverización



Sala de extracción de zumos

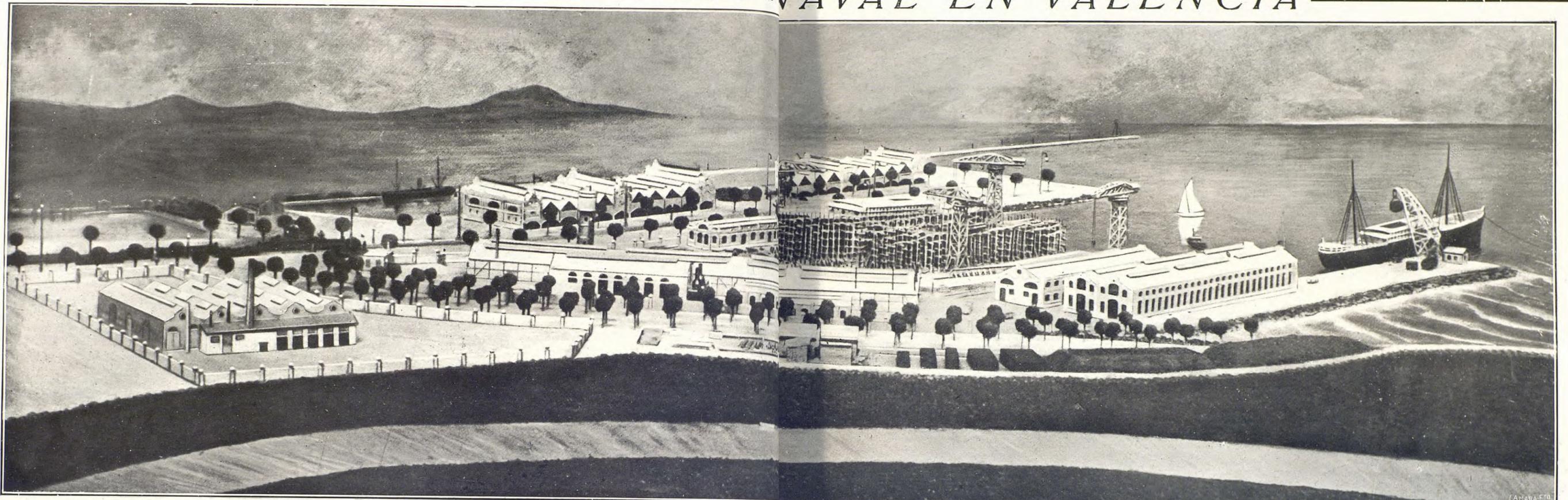
POTS. GÓMEZ DURÁN

LA ESFERA
LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



RETRATO DE SEÑORA

Cuadro del ilustre pintor valenciano José Pinazo Martínez



Proyecto de astilleros de la Compañía Trasmediterránea para la construcción de barcos de gran tonelaje, en el Grao

EN todos los tiempos se ha concedido excepcional importancia á la industria de transportes, cualesquiera que sea su clase, por ser la que, con el intercambio de relaciones y productos, vivifica y robustece el patrimonio de los pueblos, como el torrente circulatorio al organismo humano.

Todos nuestros lectores son conocedores, sin duda, de la insuficiencia de nuestros medios de transporte, que las difíciles y anormales, por todos conceptos, circunstancias actuales por que atraviesa la Humanidad, han puesto más en evidencia; esta insuficiencia de medios, por lo que se refiere á los marítimos, se traduce en el pago, por nuestro país, de un doble y oneroso tributo á las Industrias de construcción naval extranjera, por la adquisición de buques, y á sus Marinas mercantes, por el auxilio que nos prestan en el transporte del cubo de nuestro comercio exterior.

Precisamente, las actuales circunstancias, derivadas del conflicto europeo, han puesto más en evidencia la importancia de la Marina mercante para el país. Y como las circunstancias no llevan trazas de mejorar, antes al contrario, han de agravarse lógicamente con el prolongamiento de la guerra, la importancia de la Marina ha de crecer también, y como consecuencia natural aumentará el interés de todo lo que con ella tenga relación ó afinidad. Y más todavía. Cuando la guerra acabe y la contienda bélica sea substituída por la lucha comercial y económica, el triunfo ha de ser de aquel país que disponga de medios más amplios y eficaces y se halle mejor preparado para las luchas de la competencia.

A todos, pues, nos interesan los diversos aspectos del comercio marítimo, y todos, también, estamos obligados á prestarle la atención que merece. Mostrarse indiferentes sería tanto como vivir de espaldas á la realidad.

Siendo una necesidad imperiosa, un verdadero deber del más elemental patriotismo, el dotar á nuestra Marina de medios propios con que aten-

der cumplidamente á las necesidades de nuestro tráfico, la Compañía Trasmediterránea ha pasado más de dos, por no ser suficiente la extensión de que se puede disponer en tierra entre los muelles de Caro y el espigón de la dársena á que conseguirlo; y para ello comenzó por intensificar el tráfico mediante la aplicación estricta de un sistema de organización experimentado y bien definido que eleve al máximum el rendimiento de los muelles, siempre crecientes, de nuestro comercio.

Siete son los buques que tienen encargados distintos Astilleros españoles; pero no siendo suficiente la capacidad de construcción de éstos, á pesar de las ampliaciones llevadas á cabo en los mismos, por las demandas considerables que sobre ellos pesan, los fundadores de la Trasmediterránea previeron desde el primer momento la necesidad ineludible de poseer Astilleros propios para la construcción de elementos de su flota y reparación de la misma y atender, á ser posible, á las necesidades de otras matrículas.

No existiendo en todo el litoral mediterráneo otros Astilleros que los de Cartagena, cuya principal misión es la construcción de buques de guerra, se eligió, aparte de otras consideraciones que en este lugar, el puerto de Valencia, llamado á tener rápido desarrollo comercial por su posición geográfica, riqueza de su región y sus numerosos medios de enlace, que lo serán aún mayores en plazo breve, para ubicación de sus Astilleros, cuyas primeras materias serán suministradas por las Industrias Siderúrgicas del Norte en los primeros años, y, más tarde, por las que se instalarán en Sagunto del que dista solamente algunas millas, y sus comunicaciones por tierra son numerosas y económicas.

Los Astilleros, en curso ya de ejecución, están emplazados en la prolongación de la futura dársena número 1, y su extensión alcanza próximamente seis hectáreas, siendo necesario ganar al mar por

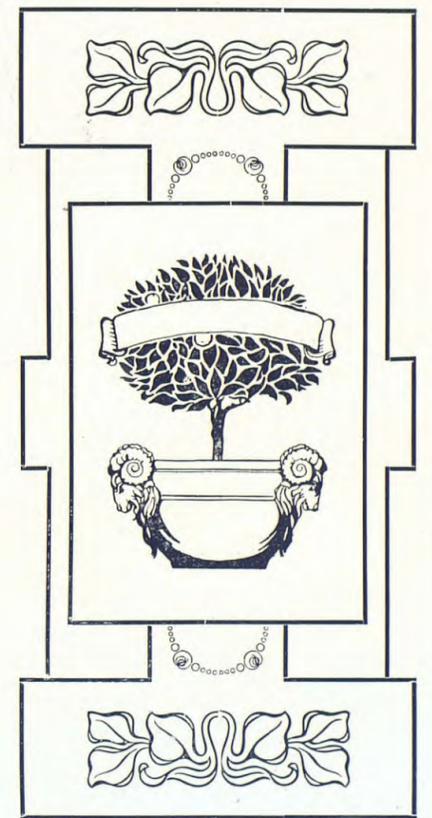
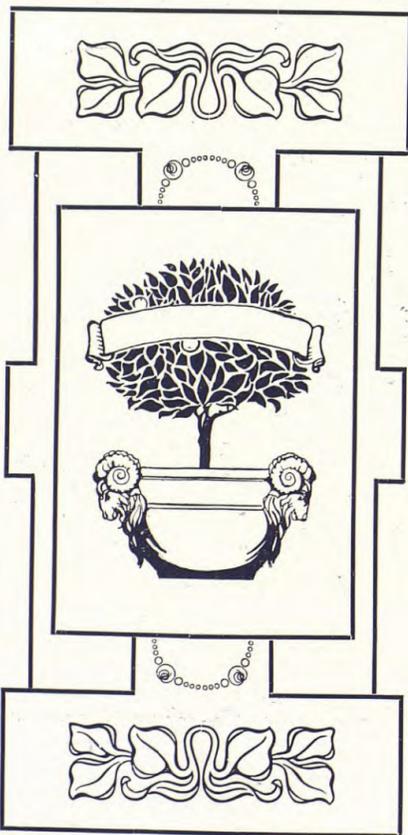
terna que accionarán los propulsores de los buques; este último taller está situado en la prolongación del muelle de montaje á flote.

Todos los talleres están enlazados entre sí por vías férreas, y lo mismo las gradas y parques de materiales.

Las máquinas-herramientas, numerosas y las más perfectas que se conocen hoy día, proporcionarán un trabajo intensivo, que permitirá al personal técnico que dirige á los 2.000 operarios que contarán los Astilleros, una transformación en cascos y máquinas que pasará al año de 12.000 toneladas de acero. Todos los elementos de construcción que se empleen en la de cascos y máquinas serán de procedencia exclusivamente nacional, siendo el deseo de la Trasmediterránea que de la quilla al tope todo sea español, puesto que de nacionalizar la industria naval se trata.

Digna de encomio y toda clase de plácemes es la Compañía Trasmediterránea, y muy especialmente su inteligente y patriótica Gerencia, por el desenvolvimiento ordenado y científico de sus dos ramas de actividad, con lo que contribuye á prestar á la nación el necesario aumento de su patrimonio marítimo, imprimiéndole mayor vitalidad y enalteciendo su bandera, llevando la santa enseña dondequiera que la demanden las necesidades del Estado y los intereses del Comercio español.

En el momento actual, verdadero instante crítico, política, social y económicamente, de la vida de España, estas iniciativas y empresas, siempre y en todo momento patrióticas, son, en estas circunstancias, no sólo positivos valores con los que se enriquece la vida nacional, sino también, en el orden espiritual, algo que pudiéramos denominar afirmaciones salvadoras, porque tonifican el espíritu general, inyectándole la savia vivificadora que ha de alentarnos en la realización de ese futuro fuerte, optimista, que nos corresponde por derecho, y á cuya afirmación y logro todos debiéramos de contribuir, en la medida y aun sobre la medida de nuestras fuerzas.



Modas de Floralia



La mujer es la sola preocupación de la PERFUMERIA FLORALIA, que no conforme con perfeccionar la belleza femenina con las creaciones «FLORES DEL CAMPO», el admirable dentífrico OXENTHOL y el utilísimo, indispensable é higiénico desodorante SUDORAL (1), tiene en cuenta, asimismo, el marco que ha de hacer más interesante y artística la seducción del cuadro. Por eso, á la vez de tales atractivos, ofrece los últimos y más elegantes figurines de la moda, que damos á continuación:

- NÚM. 1.—Este es un original sombrerito «cloche»; por encima es de piel de seda azul y por debajo de seda color limón. Un pañuelo de colorines, colocado de manera muy nueva, lo adorna graciosamente.
- NÚM. 2.—Gorra para «sport», de tela blanca y azul. Delante lleva un medallón hecho con cordones de la misma tela.
- NÚM. 3.—Este vestido será muy lindo, de tussor rosa, adornado con azul y bordados también azules.
- NÚM. 4.—Elegante modo de «foulard» azul liso, combinado con «foulard» de motas. Los armoniosos drapeados de la falda dan á la silueta un aspecto muy «tonneau».
- NÚM. 5.—De aire muy juvenil es este modo de tussor ó Kaki-Kool; el cuerpo simula estar desabrochado, para dejar percibir el pechero interior de encaje.



MAR
DE
MUN

(1) Insistimos sobre esta prodigiosa loción médica, por ser de una eficacia y una utilidad grandes en la presente estación. Leed lo que dice nuestro folleto, que dan gratis en todas las Perfumerías.